SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA MAL, EL MÍO

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID

1935

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA MAL, EL MÍO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara
el 18 de febrero de 1935.

PRIMERA EDICIÓN



MADRID

1935

TIPOGRAFÍA DE ARCHIVOS, OLÓZAGA, I.—MADRID

A TERESITA PERINAT Y TORREBLANCA,

cuyo corazón ha sido siempre
de los demás antes que suyo,
sus buenos amigos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

Personajes	Actores.
ERAFINA MARONDO...	Concha Catalá.
EATRIZ.........................	Ana María Custodio.
TULA CASTELLAR........	Angelina Vilar.
OQUITA.........................	Carmen Villa.
FRODISIA.....................	Irene Caba Alba.
POLONIA.........................	Matilde Galiana.
UNCIA.............................	Soledad Domínguez.
RISANTA........................	Amelia Noriega.
ON BELTRÁN SAU-CEDO..............................	Manuel González.
EVUELTA........................	Gaspar Campos.
ATO VILLAFRANCA.....	Vicente Moya.
ON REMIGIO MARON-DO..................................	Nicolás Rodríguez.
L GENERAL..................	Manuel Arbó.
L DOCTOR..................	Antonio Torner.
RTURITO........................	Antonio Rodríguez.
ARIANO........................	Modesto Ribas.

ACTO PRIMERO

lita de paso contigua al recibimiento de la casa que habita en Madrid Serafina Marondo, hermosa viuda amiga nuestra. A la derecha del actor, cristalera con puerta en el centro, tras de la cual se ven los muebles y plantas del vestíbulo. A la izquierda, frente a esa puerta, otra que conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda del foro, paso a los saloncitos en que se forma la tertulia diaria de Serafina. Elegancia; buen tono. Muebles escogidos. Es por la tarde, a primeros de octubre.

El hermano de Serafina, don Remigio, hombre un nto averiado, pero más aprensivo que averiado, sale r la puerta de la izquierda, en bata y zapatillas; acerca al foro, y presta cautelosamente oído ha a la tertulia.

DON REMIGIO. No se oye una mosca. ¡Ese vicio l juego es tan silencioso!... Pero, no; no habrá lledo todavía. *Deja de escuchar, pone su reloj sobre na mesita, se toma el pulso y se cuenta las pulsacios.* ¡Atiza! ¡Ochenta! ¿Es posible? Habré contado al. Comprobaremos. *Lo hace.* ¿Ochenta y siete aho? ¡Bah! Esto ya es nervioso. Es el sobresalto de s ochenta. No compruebo más, porque me pongo

en ciento una como me descuide. *Irónicamente.* ¡Y no tengo nada! ¡Son aprensiones mías! ¡Ay, qué me-diquitos de Dios! ¡No saben jota! *A Crisanta, peri-puesta doncella, que pasa del foro hacia el vestíbulo* Oye, Crisanta.

CRISANTA. Mándeme, señor.

DON REMIGIO. ¿Está el Doctor jugando ya?

CRISANTA. No, señor; hoy no ha venido todavía

DON REMIGIO. Pues quédate al cuidado, y en cuan-to llegue, antes de que pase a jugar a los saloncitos avísame.

CRISANTA. Descuide el señor.

DON REMIGIO. Que no se te escape; porque com coja las cartas sin haberme visto, estoy perdido. ¡L importa el tresillo más que mi pellejo!

Él se va por la puerta de la izquierda y ella al re-cibimiento.

Un momento después sale don Beltrán, que vien de la tertulia. Este don Beltrán, administrador d Serafina, es un cincuentón a ratos vehemente y enér-gico, que está tímida y silenciosamente enamorad de ella.

DON BELTRÁN. Será ridículo a mis años; per tienen sus ojos y su voz el poder de hacerme tem-blar en presencia suya, cuando nos hallamos a so-las, como un colegial. ¡Como un colegial de mi tiempos!

Don Remigio, que ha sentido a alguien, vuelve salir, obsesionado.

Don Remigio. ¿Doctor? ¡Ah! no es el Doctor; usted. ¿Está el Doctor en la tertulia?

Don Beltrán. Yo no lo he visto. Me parece que); que no está.

Don Remigio. ¿Quiere usted cerciorarse?

Don Beltrán. Estoy casi seguro.

Don Remigio. Vamos a quitar ese casi. Vaya sted; hágame el favor. Él suele ponerse, para que lo vean, en la mesita de detrás del biombo. Como tan rata...

Don Beltrán. Allí acabo de estar yo hablando on su hermana de usted. Y como no sea debajo de mesa...

Don Remigio. No lo eche usted a broma porque ngo ciento sesenta pulsaciones.

Don Beltrán. ¿Cómo?

Don Remigio. ¡Entre los dos pulsos!

Don Beltrán. ¡Ah!

Don Remigio. Y un sabor de boca y un malestar e cuerpo... ¡Me dijo esta mañana por teléfono que o merendara hasta que él me viese... y son ya las eis y media de la tarde! Vaya usted, vaya usted...

Don Beltrán. Sí, señor; ahora mismo. *Obede-e, con un gesto y una mirada que quieren decir: Pero ¡qué chinche es este prójimo!" Opinión —di-ho sea de paso— muy compartida entre los conter-ulios de la casa.*

Don Remigio. El señor don Beltrán ha llegado creerse que es aquí el amo. ¡Qué cara de vinagre iempre! Si yo fuera mi hermana, ¡en seguida iba administrarme a mí este ciprés!... ¡Ay!... ¿Hacia

dónde cae el hígado, que si no me duele se me olvida? Estoy seriamente mal esta tarde. *Extiende el brazo izquierdo, para ver si le tiembla la mano.* Seriamente mal. Este temblorcito... *Repite la experiencia.*

Y Polonia, enferma "honoris causa", pero de muy buen ver, llega por el recibimiento y lo sorprende con la mano extendida.

POLONIA. ¿Es que llueve aquí dentro, Remigio?

DON REMIGIO. ¡Ah! ¡Polonia!

POLONIA. ¿O hay goteras?

DON REMIGIO. Me pesca usted en bata; perdóneme.

POLONIA. ¡Por Dios, Remigio! ¿Lo vemos nunca a usted en casa de otro modo?

DON REMIGIO. Algunas tardes sí, suelo vestirme. Pero hoy no tengo humor, la verdad. Estoy... ¡Si usted supiera cómo estoy!...

POLONIA. *Sentándose, sin hacerle caso ninguno.* ¡Ay! Cada día me cansa más el ascensor.

DON REMIGIO. Oiga usted; pues a mí también. Lo he observado en el Casino. Pero a mí me cansa más cuando bajo.

POLONIA. A mí cuando bajo y cuando subo. ¡Ver pasar todas las mesetillas!... Entresuelo, primero, principal... Muy molesto.

DON REMIGIO. ¡Claro que cansan más las escaleras!

POLONIA. A mí no, porque no las subo.

DON REMIGIO. ¡Toma! ni yo tampoco. Yo hablo recuerdos.

POLONIA. ¿Qué gente ha venido a la tertulia?

DON REMIGIO. ¡Qué sé yo! No me he asomado. ›s de siempre. ¡Llamándole tertulia a una timba!

POLONIA. ¿Tanto como timba, Remigio?

DON REMIGIO. ¡A ver! ¡Vienen a desvalijarse unos otros!... El tresillo es un trabuco elegante.

POLONIA. ¡Oh! Pues si fuera usted a otras ca- ›...

DON REMIGIO. Dios me libre. Mis achaques no me jan tiempo. ¡Qué diíta llevo, amiga Polonia!

POLONIA. ¿Usted? ¿A que no lo cambia por el o? ¡Eché el pie de la cama con unos mareos...!

DON REMIGIO. ¡Anda! ¿Al echar el pie de la ca- ›? A la madrugada, que cantaban los gallos, esta- yo como en un camarote.

POLONIA. ¡Así me acosté yo, mira qué chusco! esta mañana me dió por desayunarme con pláta- ›...

DON REMIGIO. ¡Qué más hubiera querido yo que ›tanos! Tomé chocolate y me cayó como rejalgar.

POLONIA. A mí los plátanos como ácido sulfúrico.

DON REMIGIO. A mí el chocolate me produjo una ›osis... un ardor, que creí que me abrasaba.

POLONIA. A mí los plátanos me descompusieron tal manera, que mi hija se asustó. "¡Mamá, qué ›la cara se te ha puesto!..." Y luego estas piernas, as piernas dichosas...

DON REMIGIO. ¡Ay, las piernas! Las mías son de ›odón en rama con un alambrito.

Polonia. Sí; pero usted no ha tenido reuma, compadre.

Don Remigio. ¿Que no he tenido reuma?

Polonia. ¡Mi reuma, no, señor!

Don Remigio. ¡Claro! ¡El de usted, no! ¡Tuve y tengo el mío!

Polonia. ¡Me han dado una noche las rodillas!...

Don Remigio. ¡A mí, los hombros! A cada vuelta en la cama veía a Jesús crucificado.

Polonia. ¿Sigue usted llevando en el bolsillo la patata?

Don Remigio. *Mostrándosela.* ¡No que no! Aquí la tiene usted. Cuando los médicos no dan pie con bola, hay que apelar a lo inverosímil. ¡Ahora resulta que todos mis trastornos van a ser de una muela picada! ¡Vamos!

Polonia. Yo, patata, no; pero un pimiento sí llevo en el bolso. Concha Fandiño se curó así.

Don Remigio. ¡Será de la Rioja! ¡Disparate!

Polonia. Pero todo eso es nada, convénzase usted, si se tiene bueno el estómago.

Don Remigio. Que es lo que yo tengo hecho trizas, precisamente.

Polonia. Pero no como yo. ¿Usted sabe? No son dolores, son unos latigazos terribles. Salgo a la calle y me baila todo lo que veo.

Don Remigio. Pues yo salgo y me tiembla el piso, que es bastante peor.

Polonia. ¡Se figura usted! ¡El temblor del piso no importa! Lo he sufrido también y sé a qué ate-

rme. A lo mejor es un camión que pasa. ¿Y estas gustias? ¿Estos rubores que a mí me dan de onto?

Don Remigio. A mí lo que me da de pronto es miedo... un miedo...

Polonia. ¡Ah! ¡El miedo! Para miedo el que quedó a mí después de mi primer mal parto. *un gesto de él.* No, no; esto no lo ha pasado ted, Remigio.

Don Remigio. Casi, casi.

Polonia. ¿Qué me descubre usted? Hablaremos eso.

Vuelve don Beltrán.

Don Beltrán. En efecto, señor don Remigio: ha venido el Doctor. Amiga Polonia...

Polonia. Amigo Saucedo...

Don Remigio. Tendré que pensar en sustituírlo. ste médico y la carabina de Ambrosio son todo o! *Sintiendo pasos en el recibimiento.* A ver... l, acaso?

Don Beltrán. No, señor: es el General.

Don Remigio. ¡Bien vengas, mal, si vienes solo! ste fantoche ahora!

Polonia. ¡A insultarnos con su salud!

Aparece el General, con un ramo de rosas en la no. Es un contemporáneo de don Remigio, ale- e, decidor, robusto.

General. ¡Amigos!... ¡Oh, Polonia!

Don Remigio. General...

Don Beltrán. General...

Polonia. ¿Qué hay, Maximiano?

General. Una tarde espléndida.

Polonia. ¡Florido viene usted!

General. ¡Siempre! Rosas de otoño para Serafina.

Polonia. Hermosas son.

General. Si no estuvieran destinadas...

Polonia. Y muy bien destinadas, por cierto Gracias.

A don Beltrán se le alarga la cara.

General. De mi finca de la Sierra las traigo He pasado la mañana allí. En la Sierra, y en este mes de octubre, se recibe la salud a oleadas. ¡Qu sol! ¡Qué aire más puro! ¡Ah!

Don Remigio, ahora, lo quiere asesinar con u ojo.

Polonia. ¡Dichoso usted, que así goza de ella

General. *A Crisanta, que cruza la escena desde el vestíbulo.* Monada.

Crisanta. ¿Es a mí?

General. A ti, simpaticona. Lleva al oratorio de la señora este ramo. Y no le adviertas nada, ¿eh? Que las encuentre allí.

Crisanta. Sí, señor. *Se va con el ramo por la puerta de la izquierda.*

Don Beltrán, molesto, se retira disimuladamente hacia el vestíbulo.

GENERAL. ¿Y ustedes, qué? ¿El dulce lamentar e los pastores?

POLONIA. De una pastora y de un pastor.

DON REMIGIO. Más bien de una pastora y de un orrego.

GENERAL. En el pecado llevan la penitencia. ¡Si stedes están malos porque les da la gana!

DON REMIGIO. ¿Sí, eh? No abuse usted de los ntorchados, General.

POLONIA. No nos abochorne.

GENERAL. ¡Los potingues los tienen a ustedes sí! Háganme a mí caso; tiren por el balcón todas as medicinas que toman —gotas, papelillos y se-los—, dense buena vida... y ya me lo agradecerán entro de dos meses. Dice un proverbio inglés que na hora de aire libre equivale a una tonelada de nedicinas.

DON REMIGIO. Sí, sí.

POLONIA. Ya, ya.

GENERAL. ¡Si es el secreto a voces! ¡Si ya no as toman más que los incautos! En el tercero de ni casa vive un farmacéutico, que tiene abajo la otica, y cuando cae malo lo primero que previene s esto: "¡De lo de abajo, nada!"

POLONIA. Maximiano, ¡si ése es un cuento más iejo que el andar!

GENERAL. No es cuento; es histórico, Polonia. Vamos a ver: ¿con qué creen ustedes que me he desayunado yo hoy?

DON REMIGIO. No me lo diga usted porque me va a hacer daño el relato.

General. ¡Ja, ja, ja!

Don Remigio. No es que insulta con su salud, como usted dice; es que da bofetadas.

General. ¡Ja, ja, ja! Pues he tomado... oiga usted, Remigio...

Don Remigio. ¡Bueno!

General. Dos huevos fritos con jamón, una chuleta de ternera, un trozo de queso manchego untado de miel y una copa de leche.

Polonia. ¿Y de postre nada?

General. ¡Ja, ja, ja! *A don Remigio, que lo mira colérico.* Usted está pensando para su sayo: "¡Qué animal!" ¡Se lo leo en la frente!

Don Remigio. General, por Dios, yo soy un hombre bien educado...

General. ¡El pensamiento es libre!

Don Remigio. Sobre que he de advertirle a usted que a mí los huevos fritos me sientan mal y no me gustan; ni el queso manchego tampoco.

General. ¡Ah! En cuestión de gustos, cada uno que le hinque el diente a lo que quiera. ¡Hay donde escoger! ¡Son las mujeres, tan apetitosas, y no le gustan a todo el mundo!...

Don Remigio. Sobre eso yo le diré a usted, General: a mí las mujeres sí me gustan... ¡pero también me sientan mal de algún tiempo a esta parte!

General. ¿Como los huevos fritos?

Don Remigio. ¡Mucho peor, por desgracia!

General. ¡Ja, ja, ja! ¡Pues de todo eso tiene la culpa la botica! ¡Insisto! ¿Vamos a nuestra partidita, Polonia?

POLONIA. Vamos. ¡Ay, mis piernas, que ya no me
nen!

GENERAL. El brazo.

POLONIA. Encantada.

*Se van hacia los saloncitos. El General, sin dejar su
na.*

GENERAL. Nada, nada, Polonia, fíese usted de mí!
A la basura todos los menjurjes! ¡Y aire libre! ¡Mu-
io aire libre! Que hace sol: ¡a la calle! Que llueve:
o importa: ¡a la calle! Que truena: mejor: ¡a la
lle!

DON REMIGIO. *Remedándolo.* Que cae un rayo:
a la calle! ¡Pero a la calle donde vive ese hombre, y
tiempo de salir él de su casa! Decía que me leía en
frente que yo le llamaba animal... ¡Se quedó en el
rincipio del capítulo!... Y mi Doctor, bueno, gra-
as. ¡Vaya si cambio de asesino! *Márchase por la
uerta de la izquierda hecho un demonio.*

*Vuelve don Beltrán, acompañado ahora de Coquita,
vispada hija suya, soltera, que lleva muy a mal cier-
a pasividad que ha advertido en su padre.*

DON BELTRÁN. Veamos. ¿Qué querías?

COQUITA. Decirte una cosa que no ha de sorpren-
erte mucho. Vengo escandalizada, papá.

DON BELTRÁN. ¿Y eso?

COQUITA. Acabo de encontrar a Beatriz, a la puer-
a de *Aquarium,* con una pandilla lo menos de diez o
le doce, casi todos chicos, de merendona, bebe que
ebe... ¿Cómo se lo consiente su madre?

DON BELTRÁN. Hija mía, la madre no se lo con siente... pero la hija lo hace sin su consentimient Se ha puesto el mundo por montera. Hoy no ha al morzado aquí; anteanoche se recogió a las tantas... así siempre. No hay quien la corrija.

COQUITA. Yo no sé cómo se puede desobedecer una madre de esa manera tan descarada.

DON BELTRÁN. ¿No, verdad? Pues ayer te fuist tú a un teatrucho bien contra mi deseo.

COQUITA. Tú no eres mi madre.

DON BELTRÁN. ¡Pero soy tu padre!

COQUITA. Además me dijo la tía Gregoria que l obra podía verse.

DON BELTRÁN. La tía Gregoria puede verlo todo pero tú, no. Y si no, cuéntame, cuéntame de la obra

COQUITA. ¡No quieras oirlo, papá! ¡Qué asco ¡Qué frases! ¡Qué palabras! Me salí al final con la manos en la cabeza.

DON BELTRÁN. Y ¿por qué te quedaste hasta e final?

COQUITA. ¡Para no llamar la atención! Pero, e fin, el caso de Serafina y de su hija, que nos ha traí do a hablar de estas porquerías, es un cuento apar te. Vamos a lo que importa más. ¿El General habr venido ya, por supuesto?

DON BELTRÁN. *Un tanto sorprendido de la pre gunta.* ¿Eh?

COQUITA. ¿Con sus flores correspondientes?

DON BELTRÁN. Sí; ha traído unas rosas...

COQUITA. La galantería de diario.

DON BELTRÁN. Hija, no lo extrañes... Es asidu

e la tertulia... casi siempre toma el té con nosotros... Llamándole té a lo que toma el General!

COQUITA. ¿Y el Doctor estará al caer, y el Mar-ués habrá caído a primera hora? ¿No?

DON BELTRÁN. Exacto. Y Polonia, y las de Hi-ojar, y las Rodríguez, y Paco Antúnez... ¡Los ha-tuales!

COQUITA. ¿Y tú en la higuera?

DON BELTRÁN. ¿Qué?

COQUITA. ¡En la higuera! Ya no me cuestas más somnios. Llevo cuatro noches de no hacer un sueño anquilo, y no callo más. Lo he resuelto esta madru-ada. Yo te respeto a ti como cumple a una buena ja, pero no callo más. Papá, eres tonto de capirote.

DON BELTRÁN. ¡Niña! ¿Cómo se entiende?...

COQUITA. Déjame concluír.

DON BELTRÁN. Según empiezas...

COQUITA. Déjame concluír: tonto de capirote. A te gusta Serafina.

DON BELTRÁN. ¡Niña! ¿Qué dices? Baja la voz.

COQUITA. Te gusta Serafina, la dueña de esta casa.

DON BELTRÁN. *Turbadísimo.* Pero ¿de dónde sa-s tú...?

COQUITA. Y te la va a quitar uno de estos mos-nes.

DON BELTRÁN. ¡Silencio!

COQUITA. Y es tu porvenir... y es el mío... ¡y la misma espera ya que te arranques!

DON BELTRÁN. ¿Quieres no desbarrar?

COQUITA. ¿Crees que no lo sabemos todos? ¿Crees ue no eres la comidilla de la tertulia?

Don Beltrán. ¿Eh?

Coquita. Pues ¿de qué nacen mis noches en vela? ¡Yo estoy volada! ¡Y por eso he decidido hablarte! ¡Lo que se ríe Beatriz de los ojos que pones mirando a su madre a hurtadillas!

Don Beltrán. ¿Que se ríe?...

Coquita. Sí, papá, sí: no creas que guardas un secreto. Baja de la higuera. Y si lo que te detiene es el temor de disgustarme a mí, por el recuerdo de mamá, deséchalo del todo: yo veo esa boda con mucha alegría; con mucha ilusión. ¡Verás tú lo que tardo en casarme cuando pase, de ser la pobre hija del administrador, a ser la hijastra de doña Serafina Marondo, que no hay quien cuente el dinero que tiene!

Don Beltrán. Mira, mira, vete a la tertulia y no delires más, hija mía.

Coquita. Me voy a la tertulia; pero ya estás advertido, papá. ¡Baja de la higuera! *Y, satisfecha, se va a los saloncitos.*

Don Beltrán. *Confuso, abochornado.* ¿Es decir que se sabe...? ¿Que no he acertado a disimular...? Me transparento, por lo visto... ¿Qué pensará ella? Pero ¿de qué le sirve al hombre haber vivido tantos años... tener lo que se llama mundo...? *Queda abstraído.*

Mariano, criado de la casa, de librea, asoma en la puerta del vestíbulo.

Mariano. Señor.

Don Beltrán. *Saliendo de su ensimismamiento.* ¿Eh? ¡Ah! ¿Qué hay, Mariano?

MARIANO. Ahí está... ahí está ese hombre... ése e viene muchas veces...

DON BELTRÁN. ¡Son tantos los que vienen muchas ces!...

MARIANO. Este viene más que ninguno. Es aquel e un día dió un escándalo porque lo metieron por la calera interior.

DON BELTRÁN. ¡Ah, sí! No me digas más. El de folletines: Revuelta. Pásalo a mi despacho. Pero, , mira: que pase aquí. *Se retira Mariano.* ¡Sobre e tipo va a caer toda la descarga de mis nervios! tiempo llega.

Espera unos instantes al anunciado personaje, que a co dice desde el recibimiento, antes de presentarse:

REVUELTA. ¡Ah de la casa!

DON BELTRÁN. Adelante.

REVUELTA. *Apareciendo.* Ave María.

DON BELTRÁN. Sin pecado concebida.

Revuelta es hombre de aspecto singular, arbitrario, n tendencia a lo luctuoso. Y, sin embargo, y aun ando él pretende ser dramático, más que compasión spira risa.

REVUELTA. Señor don Beltrán.

DON BELTRÁN. Amigo Revuelta. Siéntese usted, si trae mucha prisa.

REVUELTA. ¿Prisa yo... en esta casa? ¡Yo viviría este sillón! Cierto que debería entrar en ella de rollas y salir de rodillas.

DON BELTRÁN. Cierto.

REVUELTA. Pero desde que me partí la pierna en

el desafío, ¡me es tan difícil arrodillarme! ¿Usted co noce mi desafío?

DON BELTRÁN. ¿Cómo no?

REVUELTA. Corría el año de gracia de mil no vecientos...

DON BELTRÁN. Déjese usted ahora, Revuelta, d páginas de folletín.

REVUELTA. ¿Es usted, entonces, el que tiene prisa

DON BELTRÁN. Sí, señor. Vamos a lo important

REVUELTA. Vamos a lo importante. Pasaron. veinte años.

DON BELTRÁN. Pasaron y estamos en el momen presente.

REVUELTA. ¿Leyó mi carta la señora?

DON BELTRÁN. La leyó, y aquí tengo yo la re puesta. *Saca de su cartera un sobrecito.*

REVUELTA. *Emocionado.* ¿Favorable, verdad?

DON BELTRÁN. Como siempre.

REVUELTA. *Tomando el sobrecito y palpándol con una práctica reveladora.* ¡Favorable, sí! *Rompe e un sollozo conmovedor y luego se enjuga los ojo* Creía el desheredado que no le quedaban ya lágrima y eran dos fuentes sus pupilas. Gracias, don Beltrá ¿Puedo entrar a dárselas a doña Serafina, y a besar las manos?

DON BELTRÁN. No... ahora no es pertinente. Está con sus amigas...

REVUELTA. Bien, bien. Usted le transmitirá r gratitud. *Le coge una mano y se la besa como a u obispo.* Por tabla.

Don Beltrán. *Fastidiado.* ¡Deje usted!... Y vaios ahora a la segunda parte.

Revuelta. *Escamado.* Nunca fueron buenas.

Don Beltrán. Buenas o malas, hay segundas pares. La señora me ha dicho que le advierta a usted que o vuelva con peticiones de este género; que son muhísimos a pedirle... y que no puede más.

Revuelta. ¿Cómo?

Don Beltrán. Que hoy lo socorre por última vez.

Revuelta. ¿Y eso lo ha dicho la señora... o lo oone usted de su cosecha? ¿Es de usted la segunda arte?

Don Beltrán. ¿Con qué derecho supone usted...? Insolencia mayor! ¡La señora está harta, harta, ¿se ntera usted?, de alimentar vagos!

Revuelta. ¿Vagos?

Don Beltrán. ¿Cómo se llama al que no quiere rabajar?

Revuelta. Perfectamente: vago; pero en esa lisa no entro yo. A mí no puede referirse la señora. Voy yo a ser como los demás pedigüeños? Ella bien abe que en mí alienta un trabajador de toda la vida. Pero ¿qué culpa tengo yo de no saber hacer más que olletines? Es mi vena; es mi don. Y el folletín ha oasado de moda. ¿Tengo yo la culpa? Entre el cine, la novela rosa, y la novela azul, y la novela blanca, y a novela lila, lo han sepultado. ¿Qué hace un hombre en esta situación, en esta crisis de su musa? ¡Pedir, mplorar, vivir el folletín tantas veces escrito!

Don Beltrán. Esa es una postura muy cómoda.

3

Ahora se lee más que se ha leído nunca, amigo mí
incluso folletines.

REVUELTA. Está usted en un grave error; habl
usted de memoria. El folletín ha muerto. No hay e
las gentes de estos tiempos la sensibilidad necesari
Empieza usted una novela narrando con pluma d
oro una noche de nieve en un barrio bajo de Madri
con un niño abandonado en un poyete de una puert
y dice el lector que le rasque usted las narices. Y ti
la entrega con desprecio.

DON BELTRÁN. Sea como quiera, las cosas ha
de llegar a un fin. Y la generosidad de la señora, q
parecía no reconocerlo, ha llegado al suyo.

REVUELTA. ¿Sí, verdad? Pues como yo no
creo...

DON BELTRÁN. ¿Eh?

REVUELTA. ¡No lo creo! Como yo no lo cre
siempre que mis pequeñuelos me pidan pan, acudi
a esta casa. Y siempre que mi mujer y mi hija Nu
cia —¡pobrecito ángel de candor!— necesiten rop
para cubrir sus cuerpos, a esta casa vendré a pedi
las. ¡Porque tengo derecho! ¡Porque yo soy una e
cepción entre los desvalidos!

DON BELTRÁN. ¡No sé por qué!

REVUELTA. Pero ¿usted ha olvidado —sé q
doña Serafina no lo olvida— que yo salvé de u
naufragio al marido de ella?

DON BELTRÁN. ¿Cómo he de olvidarlo, si lo r
pite usted todos los días que viene a pedir?

REVUELTA. ¿Olvida usted que la niña Beatriz n
había nacido por aquellas calendas? ¿Olvida uste

ue nació dos años después? ¿Y no considera us-
ed, señor mío, que si yo, exponiendo mi propia vida,
o me arrojo al agua para salvar la del que fué su
adre, la niña no nace, y la alegría de este hogar no
xistiría al presente? ¡No se pueden olvidar tantas
osas!

DON BELTRÁN. Usted ha olvidado una muy prin-
ipal.

REVUELTA. Dígame.

DON BELTRÁN. Que cuadra muy mal en quien so-
icita el gallear de esa manera, y que si la generosidad
le la señora tiene un límite, mi paciencia lo tiene
también. Conténtese en buen hora con lo que ya se
leva y con todo lo que de aquí ha sacado, y no
uelva por esta casa.

REVUELTA. ¡Ay, qué chusco! ¿Es que, por ventu-
a, piensa usted heredar a doña Serafina?

DON BELTRÁN. *Sublevándose y sacudiéndolo por
as solapas.* ¡Oiga usted, mamarracho! ¡Eso no se
o consiento un segundo!

REVUELTA. ¿Mamarracho?

DON BELTRÁN. ¡Mamarracho!

REVUELTA. *Rehaciéndose.* Basta. Recibirá usted la
visita de dos amigos.

DON BELTRÁN. Si son como usted no los dejará
subir el portero.

REVUELTA. ¡Que se cree usted eso! Se continua-
rá. *Lo mira jactanciosamente y se retira con aire muy
digno.*

DON BELTRÁN. *Contrariado.* ¡Me ha hecho per-
der la serenidad ese farsante! ¡Por supuesto, aquí

no entra más! Ya se lo diré a Serafina. *Al Doctor, que llega por el vestíbulo en este momento.* ¡Ah, Doctor! Bien venido.

Doctor. Gracias, Beltrán. Un poco tarde llego hoy a la partidita... Vengo loco. ¡Tres consultas en medio de la calle! No se puede andar más que en coche.

Don Beltrán. Pues don Remigio lo espera a usted hace mucho rato.

Doctor. ¡Pues ahora no lo veo! ¡No le diga usted que he venido!

Don Remigio sale, a tiempo de oirlo, por donde se fué antes.

Don Remigio. ¿No, verdad? ¡Mira que eres fresco!

Doctor. ¡Ja, ja, ja!

Don Beltrán. ¡Ja, ja, ja! *Se marcha hacia los saloncitos.*

Doctor. ¿Qué te pasa, calamidad? ¿Qué me quieres?

Don Remigio. ¿Calamidad, eh? ¡La primera calamidad es que el médico le hable de tú al enfermo! ¡Está uno perdido!

Doctor. Pero ¿qué te pasa?

Don Remigio. ¡Que te espero toda la tarde para ver si meriendo o no! ¿No me lo dijiste esta mañana? ¡Jugáis con la salud de uno!

Doctor. ¡Ah! ¿Yo te dije...? Pues se me había ido de la cabeza.

Don Remigio. ¡Esas cosas se apuntan!

DOCTOR. Pero, bueno, ¿a ti te pide el cuerpo me-
enda?

DON REMIGIO. ¿No me la ha de pedir, si estoy
esfallecido?

DOCTOR. ¡Pues merienda, hombre, que no te ocu-
e nada!

DON REMIGIO. Es que me ha dado un vertiguillo
uy alarmante.

DOCTOR. ¡Merienda, hombre! ¡No seas aprensivo!

Por la izquierda del foro aparece Crisanta.

CRISANTA. Señor Doctor.

DOCTOR. ¿Qué hay?

CRISANTA. La señora Marquesa de Alberol le
ama al teléfono.

DON REMIGIO. ¡Dile que no ha venido!

CRISANTA. Don Beltrán le ha dicho ya que está.

DON REMIGIO. ¡También don Beltrán podía me-
rse en su despacho!

DOCTOR. ¡Todo sea por Dios! Me han descubier-
la madriguera, chico. Y me molesta menos que me
amen a las cuatro de la madrugada que cuando
engo a jugar mi partidita. Vamos a ver qué quiere
sta vieja. Aguarda un instante.

*Se va por la izquierda del foro. Crisanta desapare-
con él.*

DON REMIGIO. ¡Aguarda! ¡Aguarda! ¡Como si
ubiera aguardado poco!

*Se oye al Doctor hablar por teléfono. Don Remi-
io, nervioso, no cesa de hacer comentarios.*

DOCTOR. *Allô? Allô?*

DON REMIGIO. ¿Qué *allô, allô?* ¿Quién es? ¿Quié llama? ¡Cursilería!...

DOCTOR. ¡Oh, Marquesa! A sus pies. Much gusto...

DON REMIGIO. ¡Mucho gusto! ¡Iba echando la muelas!...

DOCTOR. Usted me dirá. Encantado.

DON REMIGIO. ¡El médico galante!

DOCTOR. Sí. Sí. Sí, sí, sí. ¡Sí, sí, sí, sí!

DON REMIGIO. ¡Sí, sí! ¿Qué trabajo le cuesta?

DOCTOR. ¡Sí, sí, sí, sí! De acuerdo; de acuerd Una aspirina.

DON REMIGIO. ¡Bah! Se ha enfriado la viej ¡Que sude, señor! ¡Para eso no se interrumpe un consulta!

DOCTOR. Nada; esté usted tranquila; no es nad

DON REMIGIO. ¡Claro que no es nada! ¡Los e cotes a los ochenta años!

DOCTOR. Yo iré a la noche a verla. A sus pie *Reaparece por donde se marchó.* Si esta señora con sultara de cuando en cuando su fe de bautismo... *don Remigio.* Bueno, chico, de lo tuyo hablarem mañana.

DON REMIGIO. ¿Cómo vamos a hablar mañana si meriendo o no esta tarde?

DOCTOR. Pero ¿no te he dicho ya que meriendes ¡No seas sinapismo y déjame jugar!

DON REMIGIO. ¡Eso es! ¡Y si me muero!...

DOCTOR. ¿Qué vas a morirte, infeliz? ¿Te he r cetado algo?

DON REMIGIO. Mira, deja las bromas, que esto mío no es caso de risa. Ese vertiguillo de hoy...

Enredados en su disputa se van para los saloncitos de juego. De pronto se percibe hacia el vestíbulo algazara de gente moza. Son Beatriz, Tato Villafranca y Arturito, que vienen jubilosos y entusiasmados con la perspectiva de una excursión dichosa. Beatriz es bella, interesante, caprichosa, rebelde; Tato Villafranca, un enamorado de ella, no correspondido hasta ahora; Arturito, un amigo de ambos, con personalidad de menos relieve: sólo aspira a casarse con una muchacha que tenga dinero, ¡y esto ya es tan vulgar!...

BEATRIZ. ¡Buena se va a poner doña Serafina, después de los tres días que llevo de "libertinaje y escándalo"!

ARTURITO. Pero traes abogado defensor.

BEATRIZ. Eso sí; que viene el formalito.

TATO. ¡El formalito va a acabar por desacreditarse! ¡Si es que no lo estoy ya! Acuérdate del roción que me soltó tu madre el otro día.

BEATRIZ. A mí no me hizo efecto. Fué un discreteo galante, junto a los que me suelta a mí. Hoy el primer golpe voy a descargarlo sobre la mollera del administrador. Y si da chispa, dejamos a doña Serafina en paz. *Llamando hacia el vestíbulo.* ¡Mariano! ¡Mariano!

Aparece éste.

MARIANO. ¿Señorita?

BEATRIZ. Búscame a don Beltrán y dile que ven-

ga, que necesito hablarle ahora mismo. Con toda urgencia, ¿eh? ¡Como si hubiera fuego en la casa!

MARIANO. Voy volando, señorita Beatriz. *Márchase por la izquierda del foro.*

BEATRIZ. ¡Ajá! Como le saque el dinero, ¡a Toledo en el acto!

TATO. ¿Y si te lo niega?

BEATRIZ. ¡Nos vamos a Toledo también!

ARTURITO. ¡O hacemos que nos traigan a Toledo a la Puerta del Sol!

TATO. ¡Aguanta! ¡Bueno ha puesto a éste el tercer coctel!

Llega presuroso don Beltrán, seguido de Mariano, el cual se retira al recibimiento.

BEATRIZ. Aquí viene ya mi rey mago. Beltrancinto, amor mío...

DON BELTRÁN. ¿Qué pasa? Dios les guarde, señores.

ARTURITO. ¡Salud, don Beltrán!

TATO. ¡Insigne don Beltrán! ¡El hombre impagable!

BEATRIZ. ¡Impagable! Ven acá tú, lucero, encanto...

DON BELTRÁN. ¡Huy, huy!... Tanto halago me alarma... ¡Buena tiene usted a la mamá!

BEATRIZ. ¡Y tan buena, gracias a Dios! ¡Por eso estoy yo contenta siempre! Óyeme, precioso; óyeme, monín: dos palabras.

DON BELTRÁN. Vengan.

3EATRIZ. Necesito que me des mil pesetas inme-
tamente.

)ON BELTRÁN. ¿Eh?

3EATRIZ. ¿No lo he dicho claro? ¿Vosotros lo
éis entendido?

'ATO. ¡Muy bien!

\RTURITO. ¡Muy bien!

)ON BELTRÁN. No mejor que yo, desde luego.
:o ésas son algo más que dos palabras, señorita
ıtriz.

3EATRIZ. ¿Cómo que son más? ¡Lo sustancial
ı dos palabras! Mil pesetas. ¡Dos palabras justas,
trancito!

)ON BELTRÁN. Pues yo lamento mucho decirle a
ed que tengo orden de no entregarle no ya mil,
› ni una sola peseta, bajo ningún pretexto.

3EATRIZ. ¿Ah, sí? Y ¿quién ha dado esa orden
absurda y que tanto me perjudica?

)ON BELTRÁN. La mamá.

3EATRIZ. ¡No es posible! ¡La mamá no me nie-
a mí nada! Estas son cosas tuyas, tesoro mío.

)ON BELTRÁN. No, Beatriz, no. Con formalidad.
señora me ha prohibido terminantemente...

3EATRIZ. Pero en esta casa ¿quién manda: la se-
a o yo?

)ON BELTRÁN. Yo a las dos obedezco; pero aho-
Tricita, la orden de la mamá es lo primero para mí.

3EATRIZ. Pimpollo, no te pongas así conmigo; no
s de bronce sólo con tu Tricita. Tú eres de cera
npre con las damas... ¡Derrítete una vez más al
›r de mis ojos!

DON BELTRÁN. No, Beatriz, no; no puedo; le
mente no puedo.

BEATRIZ. ¿Con que no? ¡Pues llame usted en
guida a mi señora madre!

DON BELTRÁN. ¿Cómo?

BEATRIZ. ¡Que llame usted en seguida a mi
ñora madre! Y perdóname que te trate de ust
Cuando dos que se quieren riñen... ¡Llama a
madre! ¡Llame usted a mi madre!

DON BELTRÁN. Inmediatamente. Así salvo yo
conciencia. Señores... *Se aleja por donde llegó.*

TATO. Chica, esto es violentísimo. Yo tengo
nero para el viaje. Vámonos.

BEATRIZ. ¡Ni hablar de eso, Tato! ¡He convi
do yo! Vamos a Toledo y pago yo. Ahora vuel
*Va a marcharse por la primera puerta de la izqu
da, cuando ve en el recibimiento a Tula Castellar,
llega, y le dice así a Tato*: Hombre, Tato: ahí tie
a tu casada inconsolable. Ya no te aburres si yo
entretengo.

TATO. ¿Mi casada...? ¡Ah, Tula! ¡Bah! No
mía...

BEATRIZ. ¡Pero tú quieres que lo sea, al me
de prestado!

TATO. ¡Psché!

BEATRIZ. ¡Castigador! *Éntrase.*

TATO. ¿Lo ves, Arturo? Tula es la única mu
con que se inquieta; la única con que puedo da
celos... ¡A ver si al fin me quiere! ¡Lo que yo dar

ARTURITO. Pues haces a maravilla tu papel; p
que todo el que te vea junto a Tula no puede pen

sino que le has puesto los puntos... y que llevas las cosas muy adelantadas.

TATO. ¿Sí, eh? ¡Pura ficción! La que me trae sin sentido en ésta. ¡Tú lo sabes! Como a ti Coquita, la hija de don Beltrán.

ARTURITO. No te precipites. La hija de don Beltrán no es que me gusta: es que me gustará muchísimo... si don Beltrán llega a casarse con tu suegra.

TATO. ¡No seas ganso, hombre!

ARTURITO. Chico, es constitución. Y te dejo con Tula. Yo voy a la tertulia a ver a Coquita. ¡Por si las moscas!... ¡Cada uno a lo suyo! *Vase.*

Y en este punto asoma Tula Castellar, guapa y elegante mujer, que está entre el verano y el otoño de su vida. Debería ser dichosa y parece que no lo es.

TULA. ¡Tato! ¡Qué solo!

TATO. Esperándote. Te he sentido llegar...

TULA. ¡Zalamero!

TATO. Contigo, nunca. ¡Vaya ojos que te traes!

TULA. ¿Me brillan, eh?

TATO. ¡Deslumbran!

TULA. Pues es que he llorado.

TATO. ¿Por mí?

TULA. En serio. ¿No se me nota que he llorado?

TATO. No...

TULA. ¡Pues he llorado! El pan nuestro de cada día... Ese marido mío... merecía... merecía cualquier cosa.

TATO. ¿A qué le llamas cualquier cosa?

TULA. No me hagas reir, que he llorado. Ni me

aprietes la mano así, porque voy a llorar otra vez ¡Ay, qué falta de cariño estoy! ¡Ay, qué hijos tengo

TATO. ¿Qué han hecho tus hijos?

TULA. Después de todo, si no fuera por ellos..

TATO. ¿Qué? ¿Te decidirías a quererme?

TULA. En serio. ¡Ay, qué madre me ha dad Dios! *Saca de su bolso un espejito, se mira y se retoca.* ¡Vaya si se advierte que he llorado! Más tont soy... Pero, en fin... ¿Recibiste mi carta de anoche

TATO. Sí.

TULA. Esta mañana te he escrito otra.

TATO. Pero ¿hay novedad?

TULA. No: por si no la habías recibido. Yo, generalmente, escribo dos cartas, por si se pierde una ¿Irás mañana a casa a jugar un rato?

TATO. ¡Iré... a lo que tú quieras!

TULA. A jugar; no seas malo.

TATO. ¿A jugar a qué?

TULA. ¡Qué buen humor tienes tú siempre! ¿Est ahí el General?

TATO. Creo que sí.

TULA. Porque también he de escribirle.

TATO. Pues ahí está.

TULA. No, no; ahora no le hablo: le anunciaré l carta. Le quiero pedir un favor, y los favores e mejor pedirlos por carta. Las palabras se las llev el viento. Y la contestación a una carta obliga mucho. ¡Ay, si yo no conservara las cartas de amor d mi marido! Pero las tengo todas. Y de cuando e cuando las leo. Un triste consuelo de su frialda presente. ¡Ay, Tato, qué desgraciada soy!

TATO. ¡Tula!

TULA. Menos mal que me desahogo escribiendo
rtas. Sí, sí; no te rías. Escribo mucho. En la con-
ersación no siempre me decido; me callo muchas
osas. En las cartas me vuelco. ¡Alivia tanto comu-
carse!... Esta carta del General es para recomen-
arle a un ahijado mío. Un ahijado que también me
a salido rana. Lo tuve en la pila del bautismo, le
use la sal en los labios... ¡y no me quiere! ¡Tam-
oco me quiere!

TATO. *Humorísticamente.* ¿No te quiere nadie?

TULA. ¡Nadie! ¡Esto mío no se parece a nada!
Este es el drama de mi vida!

TATO. Pero... ¿tú te dejas querer?

TULA. Quieto.

TATO. ¿Por qué no te vienes a Toledo con nos-
tros?

TULA. ¿Con quiénes?

TATO. ¡Con una pandilla! Beatriz, Paquita Vélez,
us dos primas, Josecho Verona, Arturo, yo, ¡unos
uantos! ¡Vamos a callejear por Toledo a la luz de
luna!

TULA. ¡Ay! ¡Uno de mis deseos no logrados!
La de veces que le he pedido a aquel hombre que me
eve a Toledo! Pero es inútil: es de corcho. Dice que
n Toledo hay muchas cuestas. ¡Para matarlo!

TATO. Pues anímate: ¿mejor ocasión?... Yo te
ago un huequecito en mi coche.

Beatriz ha vuelto a tiempo de oir esta frase y tose on malicia.

Beatriz. ¡Ejem!

Tula. ¡Beatriz!

Beatriz. ¡Hola, diosa!

Tato. Oye, la estaba invitando a la partida.

Beatriz. ¡Magnífico! Una más. ¡Para que te dis traigas tú, si te cansa Toledo!

Tato. Pero no quiere, la muy simple.

Tula. No, no, no...

Beatriz. Pues idos ahora a la tertulia, que vien ahí mi madre, y creo que vamos a tener una escen fuerte. ¡Calderoniana!

Tula. Pues buena mano te dé Dios.

Tato. *Yéndose con Tula hacia los saloncitos.* Qu ¿no te resuelves? ¡Mira que lo pasaremos muy bier Le pones a tu marido una de esas cartas que tanto t agrada escribir...

Tula. No, no...

Beatriz. *Cuando se queda sola.* ¿Se cree ese bob que me importa un comino? ¡Los enamorados son idi tas! *A Crisanta, que pasa hacia el vestíbulo con un s quito de viaje y un guardapolvo.* A mi coche, ¿sabes

Crisanta. Sí, señorita; ya.

Beatriz. ¡Y a ver por donde me sale ahora doñ Serafina! ¡Por más que ya la estoy oyendo!

Se presenta la noble dama, de sana y perenne b lleza, de porte señoril. Trae cara de pocos amigos. I habla a su hija con severidad, con profundo enojo.

Serafina. Aquí me tienes.

Beatriz. ¡Mamaíta de mi alma! ¡Déjame que coma a besos!

SERAFINA. Quita, quita... Menos carantoñas y
s respeto.

BEATRIZ. ¿Más respeto, reguapa? ¡No pidas im-
sibles!

SERAFINA. Que me dejes, te digo. ¿O piensas que
ı cuatro arrumacos me vas a engañar, como de cos-
nbre? No, Beatriz, no. Ya estoy muy harta de tus
uras.

BEATRIZ. ¡Mamaíta!

SERAFINA. ¡Muy harta! Vas a matarte, y vas a
tarme a mí primero.

BEATRIZ. ¿Qué dices? ¿Por dónde te descuelgas,
má? ¡Matarte yo, que vivo de quererte!

SERAFINA Tanto me quieres que te pasas la vida
s de mi lado.

BEATRIZ. Lejos o cerca, mi pensamiento siempre
tuyo. No te pongas así, mamaíta. Óyeme.

SERAFINA. ¡Y cree la gente que yo tengo una hija!
ué he de tenerla, si nunca está conmigo? ¿Adón-
me acompaña? ¿Adónde la llevo? ¿Qué horas com-
timos? ¿Qué expansión de mi ánimo puedo tener
ı ella? ¿Cuándo se acerca a mí que no sea para
rme un disgusto? ¿Qué hija es ésta, madre?

BEATRIZ. ¡Ay, mamá, mamaíta! ¡Avanza unos si-
s, por favor! ¡Que no aparezca en el horizonte el
lo quince!

SERAFINA. ¡El siglo quince! ¡Siempre la misma
ıtería! ¿Es que soy yo ridícula ni gazmoña? Yo lo
e no quiero son insensateces ni diabluras.

BEATRIZ. Bueno, pues voy a complacerte, hermosa.
 quiero verte así. Tú no sabes lo que yo te quiero,

mamaíta, y es menester que vayas enterándote. ¿Pa quién vivo yo en el mundo más que para mi mamaí de mi alma? Déjame darte un beso, ariscota. Y ya v rás, ya verás en cuanto vuelva de Toledo, lo que v mos a hacer. Vamos a bordar un tapiz; vamos a a misa de alba con dos pajes con catrecillo, una du ña, un barbudo escudero...

SERAFINA. ¿Además te burlas?

BEATRIZ. ¡Ni por pienso, mamá! ¡Es en serio que te digo!

SERAFINA. ¿De Toledo hablaste? ¿Piensas ir Toledo?

BEATRIZ. Vamos unos cuantos. A pasar allí la r che, a la luz de la luna.

SERAFINA. Si te dejo yo.

BEATRIZ. Sí, sí me dejas.

SERAFINA. ¡A la luz de la luna! Yo no sé lo q oigo, a pesar de que tú ya me has curado de espan ¿Te parece a ti regular que una señorita no duer en su casa un día sí y otro no, y se largue por ahí bremente, con amigas y amigos de todo linaje?

BEATRIZ. ¿Vuelta al siglo quince, mamá? ¿A escala de seda?

SERAFINA. ¡Qué siglo quince ni qué historias! cualquier siglo donde manden el decoro, la honestid el buen juicio y el sentido común! Y... ¿quién co pone la comparsa?

BEATRIZ. Mi grupo de siempre: ya tú los conoc Me convidaron el otro día a Salamanca y hoy convido yo. ¡Cosa más inocente! Una excursión mántica, mamaíta: emociones de arte.

Serafina. ¿De arte?

Beatriz. ¡De arte, sí! Vida del espíritu. ¡Se aho-
a una en prosa, si no!

Serafina. Pero no me has dicho quiénes vais.

Beatriz. Te he contestado que los de siempre.

Serafina. No faltará, de seguro, Josecho Verona.

Beatriz. ¡Ja, ja, ja! ¡Ya saltó el nombre trágico!
osecho Verona! ¡Satanás! ¡Vaya un cartelito que
ha hecho! ¿No está en los tresillos tu canónigo?
Qué venga, que venga en el acto, que me rocíe con
ua bendita, que diga un exorcismo!... ¡Ja, ja, ja!
Que huya Satanás por la chimenea!

Serafina. Satanás no será ese hombre; pero su
mpañía no me agrada para mi hija. Cínico, desver-
nzado, de turbia historia con las mujeres...

Beatriz. Pero tú ¿qué concepto tienes de mí y de
i generación, mamaíta? ¡Aquello de que el hombre
fuego y la mujer estopa es un refrán de los tiempos
Torquemada! La camaradería de un hombre, por
rverso que quieras pintarlo, no nos quita ni nos pone
da. Vamos a pasar sencillamente unas horas de risa,
alegría, de entusiasmo, de juventud, de toninadas...
hora es cuando puede una divertirse, a los veinte
ios! ¡No luego, llena de goteras y de alifafes! ¡Aho-
! ¡ahora!

Serafina. Esos alifafes y esas goteras llegarán
ra ti más pronto de lo que debieran llegar. Los
embras con la vida que haces. Cien veces te lo he
cho: vas a ser vieja antes que yo.

Beatriz. ¡Claro! ¡Como que tú no serás vieja
inca, reina mía! ¡Tú eres una magnolia eterna!

4

Serafina. Cumplirás, no mis años, sino tus trein ta, y tendrás ya perdido el estómago de beber porque rías, ajado el cutis, cansado y marchito el espírit apagados los ojos, la boca sin frescura, los cabellos c cincuenta colores, las cejas desaparecidas de tan arrancártelas...

Beatriz. ¡Calla, calla, por Dios, mamá! ¡Qué pi tura más triste! ¡Qué porvenir más negro me anu cias!... Pero no será tanto. Vamos a dejar es conversación para mi vuelta. Ahora voy a decirle a do Beltrán que me dé el dinero que necesito para el vi je... ¡Sí, sí, sí, mamaíta! ¡Estoy comprometida y ¡Está todo dispuesto! ¡Te prometo que es la últin barrabasada!

Serafina. Si fuera la última...

Beatriz. ¡La última de este mes! ¡Y estam empezándolo! Anda, guapota; ven conmigo; ampár me. Hazle a don Beltrán un guiño significativo, q va a agradecértelo mucho. ¿He dicho algo? Yo ent en la tertulia a recoger a esos dos amiguillos, te alb roto un poco a los viejos... y me voy en seguida. mañana —mañana o pasado—, cuando vuelva, bordar contigo el tapiz! Anda; ven... ¡No lo piens más, que no es para tanto! *Se dirige a los saloncit*

Serafina. *Deteniéndose.* Pues, señor, no es v dad que tengo una hija: ¡tengo un hijo!

Lleno de pesadumbre el hermoso rostro, sigue Beatriz.

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

n casa de Serafina y en el mismo lugar que el acto primero. Son las cuatro de la tarde de un buen día de abril.

Serafina y don Beltrán conversan. Ella, afable-iente; él, con la invencible emoción del que está namorado en silencio.

SERAFINA. Pero ¿por qué no se sienta usted, Sau-edo?

DON BELTRÁN. Muchas gracias.

SERAFINA. Siéntese usted, hombre; no sea tan umplido.

DON BELTRÁN. Gracias.

SERAFINA. Tantos años al lado mío ya le dan de-echo... *Lo mira de un modo que aumenta la turba-ión del pobre señor.*

DON BELTRÁN. *Obedeciéndola y correspondiendo la mirada con otra inefable. Si él se hubiera podido ver en un espejo, la reprime.* Gracias, gracias...

SERAFINA. ¿Firmó usted en casa de nuestro buen anónigo?

DON BELTRÁN. Sí, señora; firmé antes, al venir para acá.

Serafina. ¿Cómo está la sobrina?

Don Beltrán. Parece que ya está fuera de c
dado.

Serafina. A Dios gracias. Mañana hay que
legrafiarle a don Hermenegildo.

Don Beltrán. Sí; por su santo; ya lo sé. Desc
de usted, que no olvido estas atenciones. No caerá
ted en falta por mí.

Serafina. Segura estoy. Pero de algo ha de
blarse, ¿no?

Don Beltrán. ¡Claro!

Serafina. *Sin la intención que él cree ver.* ¡N
lo tenemos todo dicho!...

Beltrán. *Turbado.* ¿Todo?... Sí... No sé... A
había...

Serafina. ¿Qué había?

Don Beltrán. Creo recordar no sé qué de un
galo de boda...

Serafina. ¡Ah, sí! Para Juanita Olave, que
casa.

Don Beltrán. ¡Ah, sí! ¡Cuánta mujer se ca

Serafina. ¡Y cuánto hombre!

Don Beltrán. ¡Naturalmente! ¡Cuánto hombr

Ríen los dos, aunque la cosa, en verdad, no es p
tanto.

Serafina. Esta tarde, con Tula, buscaré yo p
ahí cualquier chuchería para esos novios.

Don Beltrán. ¡Siempre tan obsequiosa; tan co
prensiva! ¡Siempre pendiente de los demás! ¡Qué c
razón! ¡Qué corazón!

SERAFINA. No es eso, Saucedo; es que la vida en iedad, obliga... La sociedad es una cadena de re-rocas atenciones. El día que desaparezca entre nos-os la educación, la cortesía, la delicadeza, ¡yo me ero morir! Usted lo sabe; usted me conoce. ¡Si ta he de hablar con una persona que no me sea gra-y busco las palabras para no herirla! A veces doy tonta, yo lo comprendo. ¿Querrá usted creer que de anoche estoy preocupada porque tengo que dar-ı usted un disgusto?

DON BELTRÁN. ¿A mí?

SERAFINA. A usted.

DON BELTRÁN. *Con el alma en la boca.* Pero ¿he urrido, involuntariamente...?

SERAFINA. *Atajándolo para tranquilizarlo.* ¡No a usted, Saucedo! ¡Qué tontería! Es usted más nple que yo.

DON BELTRÁN. Entonces... no será un disgusto el va usted a darme... Procediendo de usted...

SERAFINA. Pues sí; sí es un disgusto. Figúrese ed que esta tarde tendremos aquí de nuevo a Re-lta; el folletinista.

DON BELTRÁN. ¡Oh! ¡Oh!

SERAFINA. Y no viene solo: se trae a la consorte.

DON BELTRÁN. ¡Oh! ¡Oh! ¡A la enamorada del nto, como él la llama! Pero ¿cómo ha podido usted eder...? ¡Llevábamos cinco meses largos sin verlo!

SERAFINA. Sin verlo; porque dejarse sentir ya se dejado.

DON BELTRÁN. Pero lo más grave es la presencia rsonal, Serafina.

SERAFINA. Pues me he ablandado a recibirlo porque dice que les ocurre algo siniestro, bochornoso, que quieren revelarme.

DON BELTRÁN. ¡Por Dios, señora! ¡No crea usted jamás a esos dos farsantes por entregas!

SERAFINA. En este caso es fuerza creerlos. Parece que se trata de un mal paso que ha dado la hija.

DON BELTRÁN. ¿El ángel de candor?

SERAFINA. El ángel de pureza: la luz celeste de aquel hogar. He oído a la madre sollozar por teléfono

DON BELTRÁN. ¡La madre solloza ya como quien respira! ¡No se fíe usted! Pero, en último término Serafina, aunque sea verdad, ¿qué necesidad ni qué deber tiene usted de oir esas plagas?

SERAFINA. ¡Ah!

DON BELTRÁN. Con el tiempo que llevo ya a su servicio, no he logrado acostumbrarme a esta inagota ble generosidad, para mí inverosímil. Me emociona la ingenuidad con que siempre la veo dispuesta a cree al primero que llega a contarle una cuita; la prodiga lidad con que quiere socorrer a todos; la paciencia con que a todos escucha... Y bien está, todavía, cuando se trate de verdaderos necesitados; pero cuando ca usted en la trampa de los vividores, de los que la ex plotan conociendo su flaco... me exaspero, me suble vo, me descompongo.

SERAFINA. Cálmese, Beltrán, cálmese; consider usted que bastante trabajo tienen unos y otros co vivir como viven...

DON BELTRÁN. Serafina... usted es buena, mu

ena, porque Dios quiso hacerla así... porque no se ede tampoco ser mala cuando se tienen esos ojos...

SERAFINA. *Un tanto sorprendida.* ¿Eh?

DON BELTRÁN. *Desconcertado ya.* Cuando se tien esos ojos... esos ojos... esos ojos, adonde aso-ı... esos ojos...

SERAFINA. Deje usted mis ojos, Saucedo.

DON BELTRÁN. *Sin querer decirlo.* ¡Que me de-ı ellos a mí!

SERAFINA. ¿Cómo?

Afortunadamente llega Crisanta por el vestíbulo resolver la situación. Trae un ramo de rosas, cuyas pinas son para don Beltrán.

CRISANTA. Señora.

DON BELTRÁN. ¿Eh? ¿Quién? ¿Quién?

SERAFINA. Crisanta: ¿no la está usted viendo?

CRISANTA. El señor General la envía estas rosas.

SERAFINA. ¡Oh! ¡Hermosísimas! ¡Pero este General tiene un paraíso en la Sierra! ¿Ha visto usted é lindas, Saucedo?

DON BELTRÁN. *Tragando saliva.* Lindísimas, sí.

SERAFINA. Ponlas en ese jarroncito.

CRISANTA. Sí, señora.

SERAFINA. Y no dejes de darle buena propina al istente.

CRISANTA. Como siempre, ¿verdad? Un duro.

SERAFINA. Sí.

Crisanta coloca las flores en el jarrón indicado por erafina y se va, satisfecha, a cumplir con el asistente.

Don Beltrán. También en esto de las propinas iría yo un poquito a la mano...

Serafina. *Sin atenderlo y acariciando levemente las rosas.* Este simplote del General es otro de los tontos que se creen que yo voy a volver a casarme. *Suspirando.* ¡Ay!...

Don Beltrán, al oirla, deplora haberse cortado el bigote a la americana, porque no puede mirarse las guías. Carraspea un poco, y quisiera que se lo tragase la tierra.

De repente sale por la puerta de la izquierda Beatriz, en traje de casa, como huyendo festivamente del Doctor.

Beatriz. ¡María Santísima! ¡Vaya pelma de médico!

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. Ahí lo he dejado recetándome. ¡Qué rico! ¡Se creerá que voy a tomar algo de eso! ¿Para qué lo has mandado venir, mamaíta? ¡Si no tengo nada! ¡Si estoy buena! No estoy como tú; pero estoy buena.

Serafina. Bien, bien; ¿qué te ha dicho?

Beatriz. ¡Una de tonterías!... ¡Que te las cuente él! Todo su empeño es demostrarme un interés sin límites. ¡Adorando al santo por la peana! ¡Ja, ja, ja! ¡Como está enamorado de ti... también!...

Serafina. ¿También?

Beatriz. ¡También, también!

Don Beltrán se pone de todos colores. Serafina lo observa, y ambos disimulan.

SERAFINA. Vamos, vamos, Tricita, no seas loca.

BEATRIZ. ¡Los locos dicen las verdades! ¡Empie- ya a repartir calabazas; elige a uno ya, o va a ha- r aquí un día la de Dios es Cristo! ¡Tienes más pre- ndientes que yo! ¡Jesús! ¡Ahí viene el matasanos! Jo me pesca otra vez! *Escapa por la puerta del ro, cantando alegremente.* ¡Que vea ese sabio que me muero!

Simultáneamente aparece por la puerta de la iz- ierda el Doctor, que la oye.

DOCTOR. Tú comprenderás, Serafina, que tiene zón: de ésta no se muere tu hija. ¡Nos mata a to- s antes! ¿Verdad, Saucedo?

DON BELTRÁN. Eso le decía yo a la señora no ce veinte minutos. Y, con permiso, voy a mi des- cho, que espero al guarda de la finca de campo un momento a otro.

SERAFINA. ¿A Molino?

DON BELTRÁN. A Molino, sí. Vendrá, como siem- e, a moler.

SERAFINA. ¡Seguro!

DON BELTRÁN. Nunca viene a otra cosa. Si en la cademia Española se cotizase la gramática parda, Iolino tendría allí un sillón.

SERAFINA. ¡Ja, ja, ja!

La halagadora risa de Serafina le endulza a don eltrán los malos tragos anteriores, y se retira más anquilo, por el recibimiento.

Doctor. ¿Estas rosas serán del General, por de-contado?

Serafina. Sí.

Doctor. ¡Ese hombre es una batalla de flores! ¡No hay quien pueda con él!

Serafina. Deja ahora...

Doctor. ¡Qué bruto es el pobre!

Serafina. ¿Bruto porque me manda rosas?

Doctor. ¡Con independencia de las rosas: es bastante bruto!

Serafina. Te lo parece a ti. Pero no tiene un pelo de bruto ni de tonto.

Doctor. No me lo defiendas, Serafina. ¡Un hombre que habla a gritos siempre y que engulle de esa manera!...

Serafina. ¡Dichoso él! Esa es una prueba de salud.

Doctor. Un cliente mío padece una pesadilla muy curiosa: la de que todos los animalitos que se ha comido y que se come lo acometen de pronto: corderos, vacas, terneras, salmones, besugos, pollos, conejos, perdices... ¡Todos se le aparecen vivos pidiéndole cuentas!

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

Doctor. Si el General sufriera esa pesadilla, tan bravo y todo, se moría de pavor.

Serafina. Mira, deja ya en paz al General y vamos a algo más interesante.

Doctor. ¡Es que lo odio a muerte!

Serafina. Ya, ya lo sé. ¡Como no llama a un médico nunca!... Vamos a lo nuestro.

DOCTOR. *Con cierta intención.* ¿A lo nuestro?

SERAFINA. *Desentendiéndose.* A lo nuestro, sí: al jeto de mi llamada de hoy. ¿Qué tiene mi hija?

DOCTOR. ¿Tu hija? Tu hija tiene la madre más apa de España.

SERAFINA. ¡Y dale, bola! ¡Qué ganas de chirigota mpre! Comprendo que Remigio se vuele contigo. médico a toda hora bromista es insoportable. Dime verdad: ¿qué tiene mi hija?

DOCTOR. Nada, mujer; nada.

SERAFINA. ¿Nada?

DOCTOR. ¡Nada! Cuando lo tomo así... Veinte os, mucho glóbulo rojo... un espíritu inquieto... los trastornos físicos y morales consiguientes...

SERAFINA. Mira que yo la he visto de poco tiem- acá ahogar más de una vez suspiros, esconder sus grimas, reir sin motivo, para que yo la vea reirse...

DOCTOR. ¡Los veinte años, Serafina! Nervios, rvios... ¡Ganas de casarse, en fin de cuentas!

SERAFINA. ¿Ganas de casarse? No creo; la ver- d...

DOCTOR. Ganas de casarse... y disimulo de que s siente. Nada que no tenga buen remedio; créeme mí. Tú no le hagas mucho caso tampoco. Que no se a ni muy atendida ni muy mimada...

SERAFINA. Me parece que te equivocas. En fin, vida dirá si es más lince una madre que un mé- co.

DOCTOR. La vida lo dirá.

SERAFINA. ¿Vendrás después a la tertulia?

DOCTOR. Sí.

SERAFINA. ¿A jugar un ratito?

DOCTOR. A verte un ratito.

SERAFINA. ¡A verme! ¡Para lo que yo tengo ya que ver!... Hasta luego, condenación... *Se va por la izquierda del foro.*

DOCTOR. Hasta luego. ¡Que no tiene que ver, dice esta criatura! ¡Mecachis! ¡Hay que matar al General, y al Marqués, y al Administrador... y al otro... y al otro!... ¡Hay que matarlos! ¡Cielos! ¡Cualquiera que oyese este monólogo de un médico!... Vámonos por ahí.

Va a marcharse cuando llega de la calle don Remigio, que lo detiene.

DON REMIGIO. ¡Hombre! ¿Qué es esto?

DOCTOR. ¡Hola, moribundo!

DON REMIGIO. ¿Qué es esto? ¿Cómo tú por aquí?

DOCTOR. ¡Porque sabía que tú no estabas!

DON REMIGIO. ¿Sí, eh? ¡Pues ya ves como no te libras!

DOCTOR. ¿Cuándo te mueres?

DON REMIGIO. Mira, bromas macabras, no.

DOCTOR. ¡Si no son bromas! ¡Te lo pregunto en serio!

DON REMIGIO. ¿En serio, verdad? En serio quisiera yo que se inventase, ya que tantas cosas se inventan, una transmisión del dolor. ¿Tú te das cuenta? Trasladarle al médico festivo, como por ensalmo, el dolor del cliente. Y cada vez que le preguntara a uno en son de broma: "¿Cómo es, cómo es el dolor

ıe usted siente, querido?", responderle: "¡Pues así, octor! ¡Así nada más! ¡Ahí va eso!" Y cuando el ombre viera las estrellas y se revolcase desesperado, ıcerle un chistecito.

DOCTOR. ¡Gran invento sería!

DON REMIGIO. Bueno, siéntate unos segundos, ıe tenemos que hablar.

DOCTOR. No puedo: me aguardan para una con- ılta. He venido a ver a tu sobrina...

DON REMIGIO. ¿A mi sobrina? ¡Bah!

DOCTOR. Sí; la madre teme no sé qué...

DON REMIGIO. ¡La madre ve visiones! ¡Tienen s dos una salud a prueba de judías con chorizo! odavía me resiento de la última vez que las comí. Y . para tres años. Aquí no hay más enfermo que yo.

DOCTOR. De acuerdo. Enfermo grave, tú. Pero quiero hacer una preguntita.

DON REMIGIO. A ver si es la misma que yo quie- hacerte. ¿El *Pankreón?*

DOCTOR. ¡No, hombre!

DON REMIGIO. ¿La *Coleflavina?*

DOCTOR. ¡No seas majadero! Sobre Beatriz, so- e la nena es mi preguntita.

DON REMIGIO. ¡Bah!

DOCTOR. ¿Sabes tú...?

DON REMIGIO. ¿De mi sobrina? ¡Nada! ¡Ni sé da ni quiero saber nada tampoco! ¡Lleva una vida surda! ¡El día que yo hable de ella en esta casa, e pondrá mi hermana en la calle!

DOCTOR. Ya, ya... Pero, vamos a ver. Yo creo

que a la madre y a mí nos engaña ahora. ¿Tiene novio esa chica?

Don Remigio. Pero ¿cómo te voy a decir que ni lo sé ni quiero? Vamos a lo mío.

Doctor. ¿A lo tuyo?

Don Remigio. ¡A lo mío, sí; que para mí tiene más importancia que lo de nadie! ¡Tú lo comprenderás! Ayer fué un día de prueba. ¡Qué altibajos ¡Qué cambios! Entérate. *Saca de su cartera un papelito lleno de anotaciones.* Aquí está todo.

Doctor. ¡Cristo Padre! ¿Ya eres enfermo de papelito? ¡Temblemos!

Don Remigio. ¡Temblemos! ¡temblemos! Enfermo de papelito, porque la memoria es insuficiente para retener la serie inacabable de trastornos y de síntomas contradictorios. Escucha. A las cinco de la mañana...

Doctor. ¡Temprano lo tomas! ¿Cantarían los gallos?

Don Remigio. Un poco de formalidad. A las cinco de la mañana desperté con una *tiritera* terrible

Doctor. El fresquillo de la madrugada. ¿Duermes bien abrigado?

Don Remigio. ¡Con tres mantas y el gato! Tu dirás. Adelante: a las cinco y cuarto...

Doctor. Oye, ¿pero las notitas van por cuarto de hora?

Don Remigio. ¡No, que se juega! A las cinco y cuarto, veinticinco estornudos seguidos. ¡Veinticinco estornudos; fíjate!

Doctor. ¿Y el gato ninguno?

)ON REMIGIO. ¿Quieres dejar las cuchufletas? tendré que mandarte a paseo!

)OCTOR. No deseo otra cosa. Hace una tarde es-ıdida.

)ON REMIGIO. ¡Bah! Logré coger el sueño, dor-ına media horita, y a las seis menos cinco —aquí lice: asómbrate, Eduardo—, a las seis menos cin-completo bienestar; euforia... ¿Tú lo entiendes?

)OCTOR. *Despidiéndose.* Hombre, pues ya que lejo tan bueno...

)ON REMIGIO. ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Esto no es te-médico; esto es tener un tío en Alcalá!

)OCTOR. ¡Pero si no hay paciencia, Remigio! ɔ te he dicho ya veinte veces que estás como una a, y que te firmo un certificado asegurándote la a hasta los noventa y cinco años lo menos? ¿Qué s quieres?

)ON REMIGIO. ¡Noventa y cinco años! ¡Sí, sí!

)OCTOR. ¡Si no te mata un médico antes!

)ON REMIGIO. ¡Ah!

)OCTOR. ¡Pero no de una receta, no: de un tiro, · no aguantar tus chinchorrerías! Adiós, tabardi-Me voy a la consulta de ese pobre enfermo... e se morirá antes que tú. *Márchase.*

)ON REMIGIO. ¡Eso es! Porque hay uno que va a ›rirse antes, ¡ahí te quedas, Remigio! ¡No, no, no! ¡Que no, que no! ¡Por amigo que sea! ¡Estar con estas irregularidades y no ocuparse más que si tiene o no tiene novio la señorita de la casa...! 'o, no! ¡Que no, que no! ¡Y sí tiene novio, según ıta! ¡Puñales! *Dice esto porque oye a Beatriz que*

se acerca entonando una cancioncilla, y se va, huyén-dole, por la puerta de la izquierda.

Reaparece luego Beatriz por donde se marchó. A hallarse sola calla de improviso, y su expresión s cambia por la de una profunda melancolía.

BEATRIZ. ¡Ay, Dios!... No sé fingir... no pue do... Me delataré, a pesar mío... ¿Cómo será posi ble vivir disimulando siempre; mintiendo siempre?..

Al sentir a su madre, que vuelve por la puerta d la izquierda, torna a cantar y a mostrarse risueña jubilosa.

SERAFINA. Te buscaba. ¿No te animas, por fi a venirte al Pardo conmigo?

BEATRIZ. No, mamaíta, no. Me da mucha perez vestirme.

SERAFINA. Pero ¿qué zambullida casera es ésta

BEATRIZ. ¿Es nueva, quizá? ¿No doy zambulli das así de cuando en cuando?

SERAFINA. Sí; alguna vez... Pero ya hacía tiem po que no las dabas...

BEATRIZ. Por lo mismo debe chocarte menos.

SERAFINA. Lo que tú quieras, hija.

Por el vestíbulo llega Mariano con una carta e una bandejita.

MARIANO. Señora. Una carta para la señora.

SERAFINA. *Leyendo el sobre.* ¿Es posible? ¡D Tula! ¡Pero si me ha escrito esta mañana!

BEATRIZ. ¡Toma! ¡Y a mí!

SERAFINA. Déjamela en mi gabinete.

MARIANO. Sí, señora. *Vase por la puerta de la uierda.*

SERAFINA. ¡Qué novelista se pierde España! ¡Qué ma más ágil!

BEATRIZ. Se ha empeñado en que no hay en el ndo una mujer más desgraciada, y ¡qué de puedades cuenta, Señor, qué de niñerías!... ¡Y con é aire de acontecimientos terribles!

Y a cualquiera podría esperarse en este instante nos a Tula, que ha escrito ya en el día tres cartas a casa. Pues, sin embargo, es Tula quien llega por vestíbulo.

TULA. ¡Aquí me tenéis!

SERAFINA. ¡Tula!

BEATRIZ. ¡Tula!

TULA. Mirad qué cara traigo: como una pepona. davía me dura el sofoco. ¿Habéis recibido mis rtas?

SERAFINA. La última, ahora mismo.

TULA. ¿Ahora mismo? ¡Qué le parece a usted! os criados... Mientras mejor los tratas, se portan or. ¡A las doce de la mañana te la mandé! Yo eo que a nadie le ocurre con la servidumbre lo que e ocurre a mí. Cuantos más criados tengo, peor serda. Pero no es eso lo que traigo ahora. ¿No veis? e arden las mejillas. Toca, toca. Me arden. ¿Cuál eéis que ha sido la hazaña de hoy de mi señor esso? ¡A ver!

SERAFINA. ¡Cualquiera sabe!...

Beatriz. ¿Cómo vamos a adivinar...?

Tula. ¡Echad a volar la imaginación! No s como lo sufro. Ni llorar, de rabia, he podido. Yo que tengo siempre las lágrimas detrás de la cortina ¡Ni llorar he podido!

Beatriz. Pues ¿qué ha hecho ese monstruo?

Tula. ¡Ese monstruo! ¡Bien lo has calificado Beatriz! ¡Ese monstruo!

Serafina. Sepamos lo que ha hecho.

Tula. Nada podía ofenderme más. ¡Ha despedido de su secretaría al mecanógrafo, y ha tomado una mecanógrafa!

Serafina. ¡Ja, ja, ja!

Beatriz. ¡Ja, ja, ja!

Tula. ¡Ah! ¿Os reís?

Serafina. ¿Qué quieres que hagamos?

Tula. ¡Ah! ¿Tiene gracia que mi marido tome una mecanógrafa?

Serafina. ¿Es bonita?

Beatriz. ¡Por lo menos será más bonita que el mecanógrafo!

Tula. Sea como sea: es la ofensa; la vejación Casi no dirigirme a mí la palabra —porque llevamos dos meses sin hablarnos— y meter en casa a una mecanógrafa para pasar el rato con ella; para distraerse. ¡Y están llenos los periódicos de caricaturas de jefes enamorados de sus mecanógrafas! ¡Y las películas también! ¡Y las comedias!

Serafina. Pero no lo tomes por ese lado, Tula.

Beatriz. ¡Ni hagas una tragedia de un sainete, por Dios! ¡Que da no sé qué oirte!

.A. ¿Con que sainete, eh? ¡Sainete! ¡Una tra- de un sainete! Escucha tú, la del sainete. ɔ si no lloviera sobre mojado! Escucha. Ayer é una carta llena de quejas en el cajón de la de noche. ¡Para que la leyera al irse a acostar! a mañana, durante el desayuno, hice de tripas on, y con lágrimas en los ojos y hablándole de naturalmente, le pregunté si la había recibido. ntonces, con una grosería de la que no hay ejem- dió un manotazo al chocolate y a los picatostes ɔs picatostes preparados por mí!—, se limpió los s con la servilleta, la tiró con furia después y se ó de la mesa, gritando como un energúmeno: puedo más, Tula! ¡No puedo más!" Y se fué ampía. ¡Él no puede más! ¿Lo entendéis vos-

AFINA. ¡Sí: está muy claro!

TRIZ. ¡No puede más el hombre!

.A. ¡No puede más conmigo!

AFINA. Sí, sí.

TRIZ. Ya, ya.

.A. ¡Él conmigo! ¡Si fuese yo con él! ¿Le ninguna mujer cosa como ésta? Por supuesto, Benavente que mejor perdonamos una traición a frase grosera. Una cosa así. Y tiene razón don ɔ. Yo os aseguro que ese "¡No puedo más!" a Romualdo. ¡Lo suda!

AFINA. Pues no olvides, Tula, que si él lo lo sudarás tú con él, y será mal para los dos y us hijos.

.A. ¡Ah! Mis hijos... mis hijos... Si no fue-

ra por ellos... Pero ya veis qué ejemplo, qué e
cación les da. Oyeron lo de "¡No puedo más!",
cosas de criaturas, que repiten todo cuanto oy
empezaron a recorrer la casa diciendo: "¡Papá
puede más! ¡Papá no puede más!" Y de ellos pas
los criados. "¡El señorito no puede más!" Y bajé
escaleras, y ya se comentaba también en la porte
Lo oí muy claramente: "¡El ingeniero del segu
no puede más!"

SERAFINA. Mujer, esa es una frase sin import
cia, que se dice en un momento de cólera pasaj
casi inconscientemente...

TULA. Pero que la aprenden mis hijos. ¡Mis
jos! No parece sino que prefieren al padre. ¡Qu
prefieren! ¡Que lo prefieren! ¡Lo sé! Beatriz,
tengas nunca un hijo.

*Un súbito sobresalto de la muchacha le enciend
semblante. En seguida se rehace y bromea.*

BEATRIZ. ¡Con tiempo me predicas eso!

TULA. ¡Y aunque lo tengas, no te cases nunca!

Nueva turbación de Beatriz. Serafina estalla.

SERAFINA. Mira, Tula, no disparates más. No
digas a mi hija lo que no debe oír. ¡No te que
de vicio, tampoco! ¡Eres una mujer mimada de
vida y no paras de inventarte desgracias!

TULA. ¿Mimada yo?

SERAFINA. ¡Mimada! Con suerte, con fortu
con belleza, con hijos saludables... ¿Qué más q
res? ¿Felicidad completa? ¡Pues de ti depende, p

eres tú quien siembra las pocas espinas que te
ı!

LA. ¡No me quedaba más que oir!

RAFINA. ¡Si te ocurriera lo que a la pobre Ce- Yuste, a quien traiciona su marido con una mu- ela, de la que tiene hijos también!

LA. Y ¿vas a comparar su caso con el mío?

RAFINA. ¡Ya se ve que no!

LA. Cecilia Yuste...

RAFINA. Si te pasara lo que a Guillermina ez, que ha estado aquí esta mañana llorando; iene cuatro criaturas enfermas, sin medios para er a curarlas, sin dinero ni para el pan de cada ¿qué lamentos no serían los tuyos? Piensa al- vez en los miles de seres desgraciados de veras, omo tú, desgraciada por exceso de mimo, y ve- dónde van a parar tus males irrisorios.

ATRIZ. Mamá, tú tampoco te exaltes ni le ha- así, porque no te oye.

LA. Sí la oigo, sí; pero no me entero. ¡No me o, no! ¡No quiero enterarme! Me arde la cabe- ne zumba dentro un no sé qué. ¡Ese "¡No pue- nás!" de Romualdo y esa mecanógrafa luego!... que vosotras no os dais cuenta del peligro que e una mujer honrada como yo, solicitada a toda por cien hombres que saben que su marido puede más" y que aguardan el momento propicio la caída!... A lo mejor se rompe el freno de los ... ¡Os repito que esto mío no se parece a nada!

risanta llega por el vestíbulo a interrumpir la na.

CRISANTA. Señora.
SERAFINA. ¿Qué hay?
CRISANTA. Revuelta y su mujer están ahí.
SERAFINA. ¿Cómo Revuelta? ¡El señor Revu
ta! Más respeto, niña.
CRISANTA. Perdone la señora. El señor Revue
y su señora esposa acaban de llegar, llamados por
señora, según dicen la señora del señor Revuelta y
señor Revuelta.
SERAFINA. Bien, bien: ni tanto señorío ni
poco, Crisanta. Diles que esperen un momento.

Crisanta se retira.

BEATRIZ. ¡Otras penas que vienen a contarle
mamá!
TULA. ¡Ah! Pues yo soy egoísta: con las mías
sobran. Serafina, voy a tu gabinete a escribir u
carta.
SERAFINA. ¿Otra carta, Tula? ¿No será a m
BEATRIZ. ¿Ni a mí tampoco?
TULA. No, no; es a... a... Todavía no sé a qui
pero yo tengo que escribir una carta.
BEATRIZ. ¡Ah! Si es profilaxis, como diría
Doctor...
TULA. Y después nos iremos al Pardo un rat
¡Que me dé el aire!
SERAFINA. Sí, sí: ¡que nos dé el aire!
TULA. ¡Que nos dé el aire! *Se aleja por la
quierda del foro.*
BEATRIZ. Es indudable que la felicidad exces
está expuesta a degenerar en idiotez.

SERAFINA. No me hables. ¡Comprendo que no
da más el marido!

BEATRIZ. ¡De todo hace esta mujer un drama en
actos!

SERAFINA. Y ahora, estos otros.

BEATRIZ. Pero éstos siquiera tienen gracia.

SERAFINA. Déjame con ellos.

BEATRIZ. No, mamaíta: yo los quiero oir. Me di-
rten.

SERAFINA. ¿Sabes algo de lo que traen?

BEATRIZ. Me lo insinuaste esta mañana. Vamos
eirnos.

SERAFINA. No, hija, no: si es verdad lo que les
ede, esta vez no vamos a reirnos. *Se asoma al
tíbulo para llamar a los recién llegados.*

*, entre tanto, una honda mirada de la hija sigue los
os de la madre.*

REVUELTA. *Dentro.* La paz de Dios sea en esta
ta casa.

SERAFINA. Pasen ustedes; pasen.

REVUELTA. ¡Oh, voz del paraíso! *Aparece en el
bral del recibimiento.* ¿Has oído, compañera del
a? Atrévete a entrar; sobreponte a nuestra con-
a y entra aquí, que entras en un templo.

*Animada por esta frase, asoma en el quicio Afro-
a, la digna colaboradora de Revuelta, y rompe a
ar amargamente.*

AFRODISIA. ¡Ay, Virgen mía!

SERAFINA. Vamos, vamos... Tranquilícese usted...

Afrodisia. No puedo...

Revuelta. No puede... Así llevamos mes y medio.

Afrodisia. *Besándole las manos.* ¡Serafina!... ¡Serafina!...

Serafina. Deje, deje... Siéntese usted y repose un poco...

Afrodisia. Tricita... ángel de este hogar... *La abraza, llorando a moco y baba.*

Beatriz. ¡Por Dios, Afrodisia!

Afrodisia. ¡Cómo se abre, al verte, la herida de mi corazón!

Revuelta. Sabía yo, Serafina, que nuestra entrada aquí en el día de hoy había de ser melodramática...

Le besa las manos con efusión.

Serafina. Bien, bien; pero hay que procurar serenarse.

Revuelta. Todo se andará... El primer choque era forzoso que abriese al llanto su vereda... ¡Han sido tantas cosas!... *Mira a Tricita, y como atraído por misterioso imán, se le acerca y la besa en la frente.*

Beatriz. *Entre sí.* ¡Con esto no contaba yo!

Serafina. Vamos a ver, vamos a ver... Siéntense ustedes ya, que acaso todo pueda tener arreglo... No hay que afligirse demasiado. Dios nos da inesperados remedios siempre... Ande, Afrodisia, siéntese junto a mí.

Afrodisia. ¡Ay, qué buena! ¡qué buena! ¿Ves, Lucrecio, ves tú? En vez de escupirnos a la cara...

ERAFINA. ¿Por qué? Siéntese usted también, Re-
a.

EVUELTA. ¡Imposible! Yo, imposible. Perdóne-
usted. Estoy muy excitado.

ERAFINA. A su gusto, entonces.

EVUELTA. ¡A mi gusto, no!

ERAFINA. O a su comodidad.

*as tres mujeres están ya sentadas y Revuelta pa-
Pausa larga; terrible. Serafina y su hija se mi-
y miran al matrimonio, esperando que uno de los
tome la palabra; pero es difícil empezar el capí-
Por fin, Revuelta dice:*

EVUELTA. Reinó en la sala un profundo silen-

FRODISIA. *Animándose a colaborar.* ¡Que rom-
la madre infortunada! Yo querría hoy —pongo a
s por testigo— haber venido a esta santa casa
do menos a lo que vengo.

EVUELTA. Por ahí.

FRODISIA. Preferiría venir a decirles a ustedes
mi hija había muerto.

EATRIZ. ¡No!

ERAFINA. ¡Eso no!

REVUELTA. ¡Sí! Seco como un disparo: ¡sí! La
erte es preferible a... *Un sollozo le ahoga la voz.*

AFRODISIA. Preferiría venir a darles la noticia
que también había muerto éste *—Éste la mira—*;
que había muerto yo.

SERAFINA. *Aventurando un comentario festivo.*

Pero, Afrodisia, ¿cómo había usted de venir a anun ciarnos su propia muerte?

AFRODISIA. He dicho, Serafina, que lo prefer ría a lo que vengo.

Nueva pausa.

REVUELTA. Silencio trágico otra vez. En la es tancia sólo se oía el tic-tac de los corazones y de un reloj de pesas de la sala contigua.

AFRODISIA. En mi casa, Serafina, en mi casa Beatriz, hay una azucena.

REVUELTA. ¡La hubo!

AFRODISIA. En mi casa había dos tesoros: Nun cia, nuestra hija idolatrada —la azucena en cues tión— y la honra de sus padres.

REVUELTA. ¡Eso! ¡eso! ¡La honra de sus pa dres!

AFRODISIA. Pues bien; esta hija, esta desventu rada hija...

REVUELTA. No alteres el orden de los capítulos

AFRODISIA. Pues narra tú, Lucrecio, y así yo des canso.

REVUELTA. Retrocedamos unos meses. Cierta tarde fría y desapacible del gélido enero, se presentó en mi hogar un joven caballero de no mal porte. Lle vábalo allí —a lo menos tal dijo el miserable...

AFRODISIA. Tampoco tú anticipes los calificativos

REVUELTA. La indignación, sin querer, me hace saltar páginas enteras de la negra historia. Abrevie mos. Llevábalo allí el pretexto de adquirir un cuadro que quedaba en la casa, resto del pasado esplendor

dornaban al mancebo gallarda apostura, azules ojos, bla generosa y simpática: cuantos atractivos podía el niño ciego reunir en un galán.

BEATRIZ. Y... ¿quién es ese chico tan guapo?

AFRODISIA. El primogénito del Marqués de...

REVUELTA. *Interrumpiéndola.* ¡Calla el título, que me va la mano al arma homicida!

SERAFINA. Y ¿es ese hombre, quizá, el que ha amorado a la pobre Nuncia?

REVUELTA. ¡Ése! Pero no llamemos enamorar a que ha hecho. *Mira cínicamente a Beatriz, que se sconcierta.*

BEATRIZ. ¿A lo que ha hecho?

REVUELTA.

Eres, mujer, un fanal
transparente de hermosura...
¡Ay de ti si por tu mal
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal!

álganos Espronceda.

SERAFINA. ¿Eh?

BEATRIZ. ¿Cómo?

SERAFINA. Según eso...

REVUELTA. ¡Lo irremediable, Serafina: el cristal ha hecho añicos!

AFRODISIA. ¡Como nuestra honra!

Beatriz, que empezó escuchándolos con aire de bur-, los oye ya con creciente ansiedad y zozobra.

REVUELTA. ¡Reprímete, Afrodisia, si no quieres ie la justicia de las balas principie a actuar!

AFRODISIA. Éste todo quiere arreglarlo a tiros.

SERAFINA. No, no: los tiros nada arreglan, Lucrecio. ¿Ese hombre...?

REVUELTA. ¡Ha huído, Serafina, con los jirones de nuestro honor!

BEATRIZ. ¿Que ha huído?

AFRODISIA. Ha huído, sí: ha burlado a nuestra hija y ha huído.

BEATRIZ. *Con protesta sincera.* ¡Qué infamia! Pero ¿cómo podrán los hombres...? ¿Verdad, mamaíta?

SERAFINA. Es incomprensible, Beatriz. Tú eres muy niña todavía. Los hombres son capaces de todo.

REVUELTA. ¡De todo! Y lo peor es que la deshonra no puede quedar escondida entre las paredes de la casa.

SERAFINA. ¿Por qué?

BEATRIZ. ¿Por qué?

REVUELTA. Porque el fruto de la villanía no se hará esperar mucho tiempo.

BEATRIZ. ¡Jesús!

SERAFINA. ¿Qué dice usted, Revuelta?

REVUELTA. Señora, que el genio de la especie no repara en convencionalismos sociales.

BEATRIZ. ¡Jesús!

AFRODISIA. ¿Te impresionas, lucero?

BEATRIZ. ¿No he de impresionarme?... Comprendo la amargura de ustedes, la indignación, la rabia...

SERAFINA. Mi hija se las quiere echar de insensible y de despreocupada... y ya la ven ustedes... ya la ven...

REVUELTA. ¡Tal hija de tal madre!

SERAFINA. ¿Buscarán ustedes a ese bandolero?

REVUELTA. Lo buscaré yo; y o nos da la única paración posible en este caso... o

ue haya un cadáver más, qué importa al mundo!

go con Espronceda.

Afrodisia no puede con tantas emociones y co-enza a sentirse desfallecer.

AFRODISIA. ¡Ay!

SERAFINA. ¿Qué?

REVUELTA. ¿Qué es eso?

AFRODISIA. Un vahido... ¡Ay!... ¡ay!... Me pa-rá, me pasará...

REVUELTA. Vamos, Afrodisia, ten ánimos...

BEATRIZ. Le daremos un poco de agua con éter...

REVUELTA. De agua, no. Le causaría más flato... odo ha de decirse: hace dos días que casi no proba-os alimento...

SERAFINA. ¡Por Dios!

AFRODISIA. ¡Esa es la tremenda verdad! ¡Ay!...

SERAFINA. Pues vengan conmigo al comedor a mar cualquier cosa. Ande, Afrodisia, ande...

REVUELTA. Dios se lo pagará, Serafina.

AFRODISIA. ¡Qué buena! ¡Qué santa! ¡Ay!.. ıy!...

SERAFINA. Vamos, vamos...

REVUELTA. Apóyate en mí...

El matrimonio y Serafina se van por la izquierda el foro.

SERAFINA. ¡Pobres amigos míos! ¡Pobres! ¡Pobres!

REVUELTA. *Ya dentro.* ¡Pobres, sí, pobres!...

BEATRIZ. *Aterrada.* ¿Es esto una siniestra parodia o es que saben algo y quieren venderme su silencio? Pero ¿cómo pueden saber?... No, no...

Aparece por el vestíbulo don Beltrán.

DON BELTRÁN. ¿Sola usted? Pues ¿y esa pareja?

BEATRIZ. Han pasado al comedor con mamá.

DON BELTRÁN. ¡Dios del cielo! Y ¿qué cuento traen hoy? ¿El de la niña deshonrada?

BEATRIZ. Sí... Pero no me parece que sea cuento, sino historia. ¡Y bien triste!

DON BELTRÁN. ¿Usted también los cree? ¡Oh! ¡Estamos perdidos! Voy a ver si yo los espanto. *Vase por la izquierda del foro.*

BEATRIZ. *Con dolorosa espontaneidad.* Pues ¿no he de creerlos?... ¿Quién podrá creerlos como yo? *Cambia súbitamente de actitud y expresión al sentir a Tato, que llega de la calle.* ¡Tato!

TATO. ¡Por fin!

BEATRIZ. Por fin ¿qué?

TATO. ¡Por fin te veo!

BEATRIZ. Chico, ese es el principio de un cantable.

TATO. ¡Ni en tu casa creí que te encontraría! ¡Te has perdido!

BEATRIZ. ¡Pues de aquí no salgo hace una semana!

TATO. ¿Y eso?

ATRIZ. ¡Ventoleras!

TO. ¡Ya podíamos esperarte en la tertulia!

ATRIZ. Me aburre la tertulia.

TO. ¿Ahora?

ATRIZ. Ahora, sí.

TO. Porque meses pasados...

ATRIZ. Meses pasados era yo tan idiota como vosotros.

TO. Gracias.

ATRIZ. Es favor.

TO. Te aburre la tertulia, y por lo visto te en los cines, te aburren los teatros, te aburren aseos... ¡porque no vas a ninguna parte!...

ATRIZ. Cierto, cierto. ¡Me aburre todo! ¡A einte años, Tato, me aburre todo! O apreté de-do el limón y ya no le saco jugo ninguno, o qué me pasa.

TO. ¿Que no lo sabes? Será porque no te has o a inquirirlo.

ATRIZ. Será.

TO. Porque yo creo que para cada uno es agua lo que suele ser turbia para los demás.

ATRIZ. ¡Caracoles! ¿Qué me revelas? No te ía pensador.

TO. Es que nunca te has fijado en mí, chica. oy tan huero como haya podido parecerte.

ATRIZ. Mira, quién sabe si he sido injusta con-Te estudiaré, te estudiaré...

TO. ¿Sí, verdad? ¿Cuándo? ¿Dónde?

ATRIZ. Ocasiones habrá en la vida.

TATO. Sí; porque este encierro tuyo no será d
radero.

BEATRIZ. Como depende de mi voluntad, que ah
ra mismo no sé a qué viento obedece...

TATO. A nosotros nos has partido con tu ausenc
¡Eras el alma de la pandilla! ¡Eras la que inventa
cosas! Aquello está muerto; sin gracia... sin ruido

BEATRIZ. ¡Vaya por Dios! ¡Cómo os aburriré

TATO. Mucho más que tú sin nosotros.

BEATRIZ. Ya, ya. Siento haberos hecho tan fla
servicio.

TATO. Por ahí se ha dicho —¿querrás creer
Beatriz?— hasta que habías pensado meterte mon

BEATRIZ. No me figuro estar en camino... P
¡qué fantasía la de la gente! ¿Qué he hecho yo pa
dar origen a esa estupidez? ¿Faltar a la tertulia un
días? ¿Cambiar de aire? Hay más cretinos por
mundo de lo que dicen las estadísticas.

TATO. Sí; la verdad es... ¡Con qué falta de f
damento...! *Deslizando una insidia.* ¿Sabes qu
también nos ha abandonado, casi a la vez que tú?

BEATRIZ. *Temiéndole a un nombre.* ¿Quién?

TATO. Josecho Verona.

BEATRIZ. ¡Ése no era constante! ¡Cualquiera
sujeta a nada! A lo mejor no está en Madrid.

TATO. ¿Tú no has vuelto a verlo?

BEATRIZ. ¡Si no salgo de casa! Y él por aquí
viene nunca.

TATO. ¿No te ha llamado por teléfono?

BEATRIZ. No suele.

TATO. ¿Ni has vuelto tampoco a su estudio?

ATRIZ. No... Desde aquella vez que fuí con
ros...

TO. Hipócrita.

ATRIZ. ¿Hipócrita? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracio-
Yo hipócrita, y le digo las verdades al Papa! A
as he dicho algunas veces, creo. Y lo que te ron-
..

TO. Pues, a pesar de eso, Beatriz, ahora eres
rita. Porque al estudio de Josecho...

ATRIZ. Al estudio de Josecho no he ido nun-
is que acompañada, y en plan de coctel, de músi-
e diversión, de bailoteo...

TO. ¿Nada más?

ATRIZ. Nada más.

TO. Y ¿sola, nunca?

ATRIZ. ¡Qué sé yo! ¡Habré ido alguna vez,
a tantas casas!

TO. Más de una vez has ido, Beatriz.

ATRIZ. Oye, oye, ¿es que vas a pedirme cuen-
¿Te alistas entre los innumerables cretinos de
ntes hablábamos?

TO. *Gravemente.* Me alisto, ahora y siempre,
los que lamentan tu intimidad con Josecho Ve-

ATRIZ. Pero, Tato, ¿moralista también? Antes
dor, moralista ahora... ¡No gana una para sor-
s!

TO. No te burles. Ni moralista ni pensador soy
lado: no soy más que un hombre que te quiere,
quien tú sistemáticamente desdeñas.

ATRIZ. Baja la voz, que las paredes oyen.

TATO. ¿Y a mí, qué? Quien me interesa que m
oiga eres tú.

BEATRIZ. Es que no sabes quién está allá dentro

TATO ¿Quién está?

BEATRIZ. ¡Tu amor irrefrenable! ¡Digo! ¡El mo
ralista! ¡Una mujer casada!

TATO. ¡Bah! Inventa otro recurso para desde
ñarme, Beatriz. No es digno de ti insistir en cosa ta
poco seria. Ese no ha sido sino uno de tantos me
dios, más o menos ridículos, como un hombre enamo
rado emplea para contestar a un desdén que le hie
re. Ni Tula ni ninguna mujer me importan nada desd
que te conozco.

BEATRIZ. ¡Ah! Pero ¿te me vas a declarar?

TATO. Pero ¿no lo he hecho ya muchas veces?

BEATRIZ. ¡Por eso extraño la reincidencia! ¿Ti
jeretas, digo, calabazas han de ser?

TATO. Será lo que tú quieras, Beatriz. Óyeme e
serio ahora. He podido conllevar tu desvío, resig
nándome a ser tu amigo nada más, por el deleite d
vivir a tu lado, mientras una remota esperanza, crea
da, sin duda, por mi cariño, no me cerraba del tod
el horizonte; pero hoy, que ya siento en mi alma l
pesadumbre de que voy a perderte, de que te he per
dido, de que nunca vas a ser mía, no he de quedarm
sin decirte cómo te quiero. ¡Sin decírtelo... como n
te lo he dicho nunca!

BEATRIZ. ¿Como no me lo has dicho nunca? ¡Ser
en inglés, porque en español me lo has dicho de tan
tas maneras!

ATO. Pero jamás como esta tarde. ¿No oyes que obedezco a una convicción desesperada?

EATRIZ. ¿Desesperada, chico?

ATO. Desesperada, sí. Y tú conoces mejor que ie el fundamento de ella. ¡Con que déjate de disios! Sé bien que quieres a otro hombre; que te ha ninado; que te ha hecho su esclava; que vas a ser uete de su voluntad.

EATRIZ. ¡Jesús! ¡Mucho saber es eso!

ATO. Pues también sé —y esto sí que me due- que no es digno de tu cariño.

EATRIZ. Pero, Tato, ¿qué inventas?

ATO. ¡Lo que inventó la vida ya! Ni te digo no es ese hombre, de qué casta es su alma, porque quiero que creas que habla mi despecho. Sobre , desgraciadamente, tú has de experimentarlo me- que yo al correr de los días. *Sin querer, instintinente, inclina Beatriz la cabeza.* ¡Si no es que ya sabes del todo!

BEATRIZ. *Rebelándose, excitadísima.* ¡Mira, Tato, nes insufrible! ¡Me estás dando la tarde! ¡Me puesto de un humor endiablado! Te prefiero penlor, moralista... o simplemente idiota, como antes. namorado no te quiero ni ver!

TATO. ¿Ni verme?

BEATRIZ. Ni verte.

TATO. Pues, descuida, que ya me voy.

BEATRIZ. No te vayas; pero habla de otro modo.

TATO. Hoy no puedo.

BEATRIZ. ¡Pues habla de otras cosas!

TATO. Tampoco puedo.

BEATRIZ. Entonces mejor es que te vayas. Y mejor habría sido aún que te hubieras quedado con l pandilla.

TATO. ¡Eso, no! Necesitaba verte; quería que m oyeras.

BEATRIZ. ¡Pues ya ves lo que has conseguido!

TATO. ¿Crees que ha sido poco?

BEATRIZ. No lo sé. Tú lo medirás como te plazca Me has destemplado todos los nervios. ¡Todos, todos

TATO. Lo que no había logrado nunca.

BEATRIZ. ¡Sí que es una gloria!

TATO. Según.

BEATRIZ. ¿Quieres dejarme en paz?

TATO. Ahora mismo. ¿No volverás por la tertulia?

BEATRIZ. ¡Qué sé yo! Puede que esta tarde. Perc no me anuncies, no sea que me arrepienta y quedes mal. Quiero dar la sorpresa. Y quiero desmentir lo del monjío. *Con risa irónica.* ¡Ja, ja, ja!

TATO. Sí que estás excitada.

BEATRIZ. Adiós.

TATO. Adiós. *Vase.*

BEATRIZ. *Resumiendo, después de una pausa, en un solo pensamiento sus tribulaciones.* ¡Me iré... me iré! ¿Qué otra cosa es posible? *Se sienta ensimismada.*

Por la izquierda del foro vuelve entonces Tula, con una carta, abstraída enteramente, y se marcha a la calle sin mirar a Beatriz.

ULA. ¡Allá veremos si resiste esta carta ese mons-
! ¡Allá lo veremos!

EATRIZ. *Entre sí.* Sufriré yo sola; lloraré yo
...

on Remigio sale por la puerta de la izquierda, bién para la calle, y cruza la escena sin mirar a triz tampoco.

ON REMIGIO. Decididamente cambio de médico. ejor me irá con un curandero que con ese hombre!

or la izquierda del foro reaparecen Serafina, Re- lta y Afrodisia y pasan hacia el recibimiento. Él onmovido, a lo que parece, y su mujer, hipando. afina les habla con delicadeza compasiva.

ERAFINA. Nada, nada: se hará lo que se deba er... Es caso de honra, y por bellaco que sea ese imo... Cuenten ustedes con nosotras...

EATRIZ. A mi madre, no... a mi madre, no...

omo siguiéndole los pasos al grupo anterior, vie- don Beltrán, hablando solo de puro indignado. go se dirige a Beatriz.

ON BELTRÁN. Pero ¿adónde van? Pero ¿qué se ponen? ¿A qué blanco apuntan? ¡Porque esos pi- apuntan a algo con tamaña invención!... Yo co- co muy bien a su hija... y no la creo capaz... ¿Qué usted, Beatriz?... ¿Qué dice usted?

EATRIZ. Nada.

ON BELTRÁN. Y su santa madre, su santa madre, oyéndolos con santa paciencia. ¡A ellos y a todos!

¡Cada cual con su llaga o con su arañazo! ¡Nadie cree que hay más caso que el suyo, ni más dolor que el suyo, ni más lágrimas que las propias! “¡Para mal el mío! ¡Para mal, el mío! Lo que usted me cuenta es baladí. ¡Para mal, el mío!” Y yo, Tricita, le digo a usted, con mi experiencia, que eso que habla es e egoísmo; que el verdadero dolor es pudoroso, callado y el egoísmo es lenguaraz. ¡Pero quítele usted a la humanidad, que es cada vez más egoísta, su muletilla sempiterna! “¡Para mal, el mío! ¡Para mal, el mío!” *Se va por el vestíbulo.*

Beatriz. *Con un sollozo irreprimible.* ¡Ay, no ¡Para mal, el mío, que tengo que devorarlo yo sola y en silencio! *Llora.*

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

[Cont]inuamos en el mismo lugar, varios meses después del [ac]to segundo. Pasaron la primavera y el verano y media [el] otoño. Es en las primeras horas de la tarde.

[C]on motivo del cumpleaños de Serafina, ésta ha [invi]tado a almorzar a varios amigos, que ya irán sa[lien]do. Todos nos son bien conocidos. La sobremesa [se] prolonga, y Serafina aparece por la izquierda del [for]o, ansiando un momento de soledad, en un arran[que] de angustia contenida.

[S]ERAFINA. ¡Ay, Señor, qué suplicio éste! ¡No lo [qui]ero creer, no quiero creerlo... y parece que todos [lo s]aben como cosa cierta y me martirizan con sus ma[lici]as y sus alusiones! ¡No es verdad! ¡No es verdad! [¡N]o quiero que lo sea! *Al sentir que alguien llega se [reh]ace y compone su gesto.*

[V]ienen también por la izquierda del foro Polonia y [Co]quita.

POLONIA. La copita de benedictino la voy a llorar [co]n lágrimas de sangre.

COQUITA. ¡No, mujer!

POLONIA. ¿Que no? Tú lo verás. Mañana me amanecen las manos hinchadas.

SERAFINA. ¡Jesús, lo que te quejas!

COQUITA. Serafina, el General va a dar un estallido. Está más colorado ya que la corbata que hoy se ha puesto.

POLONIA. ¡Qué hombre! No para de beber coñac. Parece que se ha propuesto devolver el casco de la botella.

SERAFINA. Lo peor no es eso, porque ya sabemos que resiste. Lo peor es que el coñac le enciende la vena poética.

COQUITA. ¡Las armas y las letras juntas!

POLONIA. Las armas de este General son los tenedores y los cuchillos.

SERAFINA. ¡Ja, ja, ja! Voy a ver si lo contengo un poco. ¡Con tal que no me suelte otra quintilla! No me quiero acordar.

"Serafina cumple años...
¡Hay que señalar el día!
Si yo fuera a los escaños..."

¡Jesús, qué horror! ¡Ja, ja, ja! *Se va riéndose.*

POLONIA. ¿Has visto, Coquita? ¡Qué temple de mujer! Estas personas bien educadas fingen mejor que las mejores cómicas.

COQUITA. Y si no, que lo diga Beatriz; la hipocritona de Beatriz.

POLONIA. Pero ésa no está bien educada. ¡Pobre madre! Yo la compadezco. ¡Ay, mis piernas! Porque lo sabe todo. ¡Ay! Lo sabe todo. ¡Ay! El benedicti-

es un miserable. ¿Tú convendrás conmigo en que abe todo?

OQUITA. Lo sabemos nosotras, ¿no va a saberlo ? ¡Sin que nadie se lo haya dicho, además!

OLONIA. ¡Claro que lo sabe! Pero rebota todas indirectas.

OQUITA. Prueba mayor de que lo sabe. Yo, si era un novio, me lo jugaba a que lo sabe. ¿Esta- segura?

on Beltrán llega por donde ellas, a tiempo de a.

ON BELTRÁN. ¿De qué estás tan segura, hija?

OQUITA. ¿De qué ha de ser, papá? De lo que ya a nadie es un secreto: de la deshonra de esta casa.

ON BELTRÁN. ¿Eh? ¿Qué dices?

OQUITA. ¡Ah! ¿Tú finges también o sigues como costumbre, fuera del mundo?

ON BELTRÁN. ¡Niña!

OQUITA. Mira que yo te tengo respeto, papá; o no puedo menos de hablarte así.

ON BELTRÁN. Pero, pero...

OLONIA. Sí, don Beltrán; por doloroso y triste sea, hay que resignarse a confesarlo. En Madrid ero no se habla de otra cosa.

ON BELTRÁN. ¡Bah! ¡Calumnias! ¡Calumnias!

OQUITA. ¿Calumnias, eh? ¿Pero ya conoces qué umnias son?

ON BELTRÁN. ¡Por eso insisto en llamarlas ca- nnias!

OLONIA. No, don Beltrán, no. Usted es muy bue-

no... y, naturalmente... ¡Ay, mis piernas! Pero e hecho es cierto. Tan cierto —¡ay, ay!—, tan ciert como mis dolores. Después de todo, era de espera de la insensata vida de Beatriz.

Don Beltrán. Pero ¿adónde va usted a parar señora?

Coquita. ¿Habrá que decírtelo con todas sus le tras?

Polonia. Por lo visto, sí. Don Beltrán, si uste verdaderamente lo ignora, yo creo que es un debe nuestro enterarlo. Beatriz, durante su ausencia de verano, ha tenido un hijo.

Don Beltrán. ¡En el nombre del Padre! ¿D dónde ha podido salir esa infamia?

Polonia. De infamias así está llena la vida.

Coquita. Sí, papá, sí: abre los ojos a la realidad Quítate la venda que te los tapa. Te pasa un buey po delante de ellos y no lo ves. Con todos los respetos

Don Beltrán. ¡Calla, calla!

Polonia. No se ofusque usted, don Beltrán; n se ciegue así.

Don Beltrán. ¡Calle usted también! ¡El vino h desatado las imaginaciones y las lenguas! ¡Qué dis parate! ¡Qué locura!

Coquita. Papá, me impacientas; me sacas de tinc ¿Quieres decirme dónde ha pasado Beatriz el verano

Don Beltrán. ¡Qué sé yo! ¡Así que es nuevo e ella pasar los veranos donde le da la gana! Ahora además, tiene esa amiguita flamante...

Coquita. ¡No está mala amiguita! ¿Usted ve, Po

a, qué candor de hombre? ¡Aunque sea mi padre! raga el Peñón de Gibraltar y no le hace daño.

OLONIA. En eso se parece a nuestro General.

OQUITA. Oye, papá; entérate.

ON BELTRÁN. ¡No se hable más de esto en precia mía!

OLONIA. Pues ¡chitón! se ha dicho. Yo, por mi te, no quiero molestarlo a usted. Y perdóneme npre. Me voy en busca de Remigio, que desde que bueno se exaspera cuando le cuento mis achas. ¡Ay, qué piernas éstas! ¿Vienes, Coquita?

OQUITA. En seguida voy, sí.

OLONIA. Pues allá te espero. ¡Ay! *Éntrase por la rta de la izquierda.*

OQUITA. Mira, papá. Delante de Polonia no he rido decirte que eres bobo; que eres el Papamoscas Burgos.

ON BELTRÁN. ¿Eh?

OQUITA. De Burgos; pero el Papamoscas. Sin falte. Lo creas o no lo creas, la verdad se abrirá cami- y entonces te convencerás de que ahora más que nca se echa de menos en esta casa la presencia y la mbría de un caballero. Ése debes ser tú. No te dejo ar otro año perdiendo el tiempo tontamente. ¡Perndo el tiempo yo! Hoy es el cumpleaños de Seraa. O le dices antes que acabe el día que la quieres, e lo digo yo en tu nombre.

DON BELTRÁN. *Por alejar de sí la mosca.* ¡Ea! ues díselo tú cuando te parezca y déjame a mí!

COQUITA. *Acercándosele colérica.* ¡Pero si se lo he cho ya dos veces!

Don Beltrán. *Estupefacto.* ¡Muchacha! Enton ces, ¿por qué me mareas? *Con cierta ansiedad.* Y ¿qu te ha contestado?

Coquita. ¡Que se lo digas tú, simplote! ¡Te mo rirás de bobo! *Y se va tras Polonia, dejando hech cruces al autor —en colaboración— de sus días.*

Don Beltrán. Pero ¿qué tarabilla o qué castig me ha dado Dios por hija?

Aparece Crisanta por el vestíbulo.

Crisanta. Señor.

Don Beltrán. ¿Qué quieres?

Crisanta. La señorita a quien esperaba usted est ahí.

Don Beltrán. ¿Quién? ¡Ah, sí! Ya sé. La hij de Revuelta.

Crisanta. La hija del señor Revuelta, sí, seño

Don Beltrán. ¿Hay alguien allá en mi despacho

Crisanta. Sí, señor: está ahora mismo el meca nógrafo con la visita de un señor que habla much Creo que es un agente de la esencia *Power's,* que aho rra gasolina.

Don Beltrán. ¡Bah! ¡Mientras no se invente un esencia para ahorrar disgustos!... Que pase aquí es señorita.

Crisanta. Muy bien. Y yo me voy a quedar escu chando al agente, a ver en lo que para eso de la esen cia *Power's.* Porque como mi novio tiene un cocheci to... ¿eh?... y queremos casarnos...

Don Beltrán. ¿Cómo? ¿Qué dices?

Crisanta. Digo que mi novio...

ON BELTRÁN. ¡Déjame de tu novio ahora! Que
e esa muchacha.

ISANTA. Ya mismo. *Retirándose.* (En vísperas de
imonio, una esencia que ahorra es una cosa seria.)

ON BELTRÁN. ¡Dios esté con todos en esta casa!
qué traerá esta chica?

*or la puerta del recibimiento aparece Nuncia, lin-
ersonita, de aire modesto y genio independiente,
rileña neta en su habla y que no parece hija ni
u padre ni de su madre.*

UNCIA. ¿Da usted su permiso?

ON BELTRÁN. Entra, nena, entra.

UNCIA. ¿Cómo está usted, señor de Saucedo?

ON BELTRÁN. Vamos pasando, hija. A ti ya te
con tan buenos colores y tan primorosa como siem-

UNCIA. La pobreza vestidita de limpio parece que
menos pobreza.

ELTRÁN. Es verdad. Por tus padres no quiero
untarte.

UNCIA. Ni es menester. Porque, me pregunte us-
o no, a hablar de ellos vengo.

ON BELTRÁN. ¿Ah, sí? Las confidencias que en
arta me anuncias ¿se refieren, entonces...?

UNCIA. Sí, señor; a mis padres.

ON BELTRÁN. Siéntate, siéntate.

UNCIA. Muchas gracias. ¡Ay, qué padres, mis
res! Le digo a usted, señor, que porque no he co-
ido otros creo que sean mis padres. Pero lo que

es parecerme yo a ellos ni parecerse ellos a mí, n
agua.

DON BELTRÁN. Efectivamente.

NUNCIA. ¿Daría yo, si no, este paso que doy?
lo doy porque me remuerde la conciencia de que ex
ploten un día y otro día a una santa señora que n
ha matado muchas veces el hambre.

DON BELTRÁN. ¡Ah, no, no, no! Esa explotació
se acabó, gracias a mi energía, esta primavera p
sada.

NUNCIA. ¡Esta primavera pasada!... ¡Ay, qué pr
mavera! ¡Válgame la Virgen de la Paloma, don Be
trán! Perdone usted que yo le diga que vive en l
estrellas.

DON BELTRÁN. ¿Tú también? A ver, a ver
aclara eso. ¡Porque parece que va siendo ya co
indudable...!

NUNCIA. ¿El qué?

DON BELTRÁN. ¡Que vivo en las estrellas!

NUNCIA. Usted perdone, vuelvo a decirle. Mis p
dres no salen de un folletín cuando enredan otro.
increíble es que no reparen en cosa alguna para s
trapicheos. ¡Ni siquiera en deshonrar a su hija se h
detenido! ¡Infamia mayor! Esta primavera, justame
te, vinieron aquí con una invención tocante a eso.

DON BELTRÁN. ¡Qué yo no creí ni un instant
¡Que yo comprobé que era una patraña! ¡No tan
las estrellas siempre!

NUNCIA. Ahora subiremos allá arriba.

DON BELTRÁN. ¿Falso todo, verdad? Aquel ar
tócrata que te sedujo y te abandonó...

UNCIA. ¡Mi madre! ¡Eso quisieran ellos! ¡Fo-
ies para sacar cuartos! ¡Un aristócrata en mi casa
ι cuadro viejo que vender!... ¡Qué ilusiones!

ON BELTRÁN. ¡Pues le dieron un tinte de reali-
que los creía cualquiera!

UNCIA. ¡Sí, señor! ¡Es que hay que ver cómo in-
a mi padre y cómo llora mi madre al oirlo!
que yo sea su hija, dígame usted cuál de los dos
e menos lacha, don Beltrán.

ON BELTRÁN. ¡Tablas!

UNCIA. ¡Ja, ja, ja! Ahora ha estado usted bueno.
usted de Madrid?

ON BELTRÁN. De Burgos.

UNCIA. Pues figúrese usted que se enteró mi no-
de lo que corrían, y a poco los mata.

ON BELTRÁN. ¡Claro es!

UNCIA. Y gracias a las amenazas de él echaron
otra vereda. Mi novio es muy formalito y muy
ente, y me quiere a mí mucho.

ON BELTRÁN. ¿Qué es tu novio?

UNCIA. Casi arquitecto.

ON BELTRÁN. ¿Maestro de obras?

UNCIA. No, señor: hace decoraciones para el tea-
Y entre él y yo no ha habido nunca más que unas
ciones como es debido. Porque, mire usted, señor
Saucedo, es lo que se dice: besos y abrazos no lla-
ι a papá y a mamá, pero tocan a vísperas. De modo
anera que la "perla en el fango", como me nombra-
mi señor padre, para creerse él mismo su inven-
ι, no será una perla, pero no ha caído en el fango
ιpoco.

Don Beltrán. Ya, ya. Le hablas a un conver
cido.

Nuncia. Y entérese usted ahora de lo mejor, a l
cuenta de lo de las estrellas, que le dije a usted ante
¿Usted está tranquilo creyendo que desde la prima
vera se concluyó el chorreo de esta casa?

Don Beltrán. ¡Completamente! Doña Serafin
no ha vuelto a darles un real.

Nuncia. Doña Serafina, desde luego; pero ¿y
señorita Beatriz?

Don Beltrán. ¿Eh?

Nuncia. A la señorita Beatriz —usted me di
pensará si ofenden mis palabras— ¡yo no sé el din
ro que ya le han sacado! Algo oculta ella que no qui
re que descubra doña Serafina, y ellos a la cuenta
saben y le venden caro su silencio.

Don Beltrán. *Anonadado.* Pero ¿será posible?.

Nuncia. ¿Posible? En el mundo no hay cosa in
posible, si es una picardía, don Beltrán. Cuando
señorita Beatriz volvió del extranjero, quiso Dios qu
yo la viera un día con mi padre en un cafetín de l
afueras... Temblé al verlos juntos... lloré de rabia.
Me di cuenta de lo que aquello podía ser. Y ayer so
prendí en un bolsillo de mi padre un papel de puño
letra de la señorita, que no decía más que esto: "¡N
un céntimo más!"

Don Beltrán. ¡Miserables!

Nuncia. Conque por el hilo saque usted el ovill
Yo, por mí, le aseguro a usted que esta noche dorm
ré más tranquila, después de este descargo de co
ciencia.

ON BELTRÁN. Bien, bien... Pero, digo yo, Nun- digo yo... Porque no alcanzo... no llego a en- er... ¿Qué secreto puede tener la señorita...?

UNCIA. ¡Ah! En ese solar ni entro ni salgo. Es- son figuraciones mías para explicarme ciertas co- Figuraciones... sobre cosas que he visto. La ersación del café, el papel en el bolsillo de mi e... ¡En mi casa ha habido una temporada más ro que nunca! ¡Y ese dinero lo ha dado la seño- ¡Esté usted cierto!

ON BELTRÁN. ¡No acaba uno de aprender! ¡Ni ¡alerta! posible contra tanta granujería!

UNCIA. ¿Pero usted me cree a mí, señor don Bel- ?

ON BELTRÁN. Sí, criatura; ¿no he de creerte?

UNCIA. Una verdad que en aquella casa se diga, de mi boca.

ON BELTRÁN. ¡La perla en el fango! Ya, ya. ús, Dios mío!...

UNCIA. ¡Cuánto me duele que usted se dis- e!...

esperadamente llega de sopetón por el vestíbulo uelta, como si el instinto de conservación le hubie- ado el soplo de la confidencia de su hija.

EVUELTA. ¡Ah! ¿Tú aquí?

...¡Me lo decía
a voces mi mismo afán!

aquí?

UNCIA. Yo aquí. ¿Qué pasa?

7

Don Beltrán. ¿Usted aquí? —pregunto yo.

Revuelta. Yo en mi sitio siempre: donde hag
falta, señor mío. La intuición me carcome. ¿A qué ha
venido aquí?

Don Beltrán. Pues ha venido a felicitar a la se
ñora...

Nuncia. No, don Beltrán; yo le agradezco la dis
culpa, pero no es a eso a lo que he venido.

Revuelta. ¿Eh?

Nuncia. He venido a declarar en esta casa las in
famias que estáis cometiendo.

Revuelta. ¿Eh? ¡Vaya si me carcome! ¡Qu
corazón más fiel el mío!

Nuncia. He venido a ponerles fin; a que se aca
be esta vergüenza. Y cuanto le he dicho a este seño
va a misa.

Don Beltrán. ¡Qué cosas van a misa!

Revuelta. *Amenazando a la muchacha.* Pues ¿qu
le has dicho, hija de Lucifer? ¿Qué le has dicho?

Don Beltrán. ¡Quieto!

Nuncia. No se apure usted, don Beltrán. Eso, de
lante de usted, son bravatas. Pero fuera de aquí, óy
lo, padre, ni un grito, ni una amenaza, ni un golpe. Sa
bes que tengo quien me defienda.

Don Beltrán. ¡Sí!

Nuncia. No es por usted, señor de Saucedo. ¡Fa
taría otra cosa! Iba usted a bajarse... Lo digo por m
novio. Y ya conoces, padre, los puños que tiene y e
coraje que contra vosotros dos lleva en el pecho. ¡Con
que, ojito! Don Beltrán, buenos días. ¡Lo que sient
yo...!

ON BELTRÁN. Adiós, nena.

UNCIA. Dispénseme usted. Buenos días.

ase Nuncia a la calle. Don Beltrán la despide mi-lola. Entre tanto Revuelta, crispados los puños, lita por qué camino ha de tomar. Imaginación no ılta.

EVUELTA. *Decidido al cabo.* La tempestad que baba en su frente ardorosa se deshizo en lágri-, en lluvia benéfica.

ON BELTRÁN. ¿Qué está usted diciendo?

EVUELTA. *Fingiéndose muy enternecido.* Don rán, de hombre a hombre; de caballero a caballero.

ON BELTRÁN. ¿Dónde está el otro?

EVUELTA. ¿Le vió usted nunca garras a la tór-?

ON BELTRÁN. ¡Lo que no he visto en los días de vida es un cínico como usted!

EVUELTA. ¿Cínico? ¡Yo, cínico! *Como resigna-* Pero, en fin, no protesto: seré cuanto usted quie-cuanto quieran todos. ¡Infame me ha llamado ncia! ¿Qué más? Este golpe me entierra.

ON BELTRÁN. Eso habría que verlo.

EVUELTA. ¡Ah! ¿También la crueldad, el sarcas-? Bien está, bien está. Soy un vencido. No protesto.

ON BELTRÁN. Bueno, pues vaya usted con Dios.

EVUELTA. ¡Así paga esa hija desnaturalizada, esa rata chicuela, cuanto por ella hice! ¡Ay! El cora-ı del Duque era un loco en la jaula. Porque ha saber usted, señor don Beltrán, que Nuncita no es a mía.

Don Beltrán. ¿No?

Revuelta. Ni de su madre.

Don Beltrán. ¿Cómo?

Revuelta. ¡Ni de la que pasa por su madre, na turalmente: ni de mi mujer! ¡Alto! Nada de *le coc magnifique.* No es eso.

Don Beltrán. ¡Pues no se figure usted que ell no lo barrunta!

Revuelta. ¡Pues no será porque le hayan falta do las ternuras de madre ni tampoco los mimos d padre! Présteme atención. El Conde, ante aquella re velación inesperada, abrió desmesuradamente los ojos Yo recogí a esa niña, a los tres años no cumplidos en la bodega de un bergantín velero, donde las rata hacían presa de sus carnes y de sus ropitas.

Don Beltrán. *Irritado.* Mire, Revuelta, basta d monsergas, de folletines y de embustes. ¡Váyase us ted ya de mi presencia o haré un disparate! ¡Un ber gantín velero a estas horas!...

Revuelta. No, don Beltrán, no. Todo menos qu usted se disguste conmigo. ¡Bastantes dardos llev ya en el alma! Pero ahora no amenazo como otra veces: suplico, imploro. Llamo con el aldabón de l lástima a las puertas de la generosidad.

Don Beltrán. ¡Dale, bola!

Revuelta. Soy un vencido. Me aguarda el des ahucio. Si no deposito en el Juzgado una mensualidad siquiera de las que adeudo, me ponen los muebles en l vía pública. Son quince duros miserables.

Don Beltrán. ¡Ni un céntimo más sacará uste de aquí!

REVUELTA. ¿Eh? ¿Dura roca cuando soñé blan-
as?

DON BELTRÁN. ¡Dura roca!

REVUELTA. ¿Y cinco duros, a lo menos, para so-
nar a un escribiente...?

DON BELTRÁN. ¡Yo no soborno a la Justicia!

REVUELTA. ¡Si voy a ser yo!

DON BELTRÁN. ¡Ni un céntimo más! Vea usted
n alguno de sus bolsillos encuentra un papel con
s palabras, de letra de Beatriz. ¡Ni un céntimo más!

REVUELTA. ¡Oh! ¿Qué escucho? ¡La americana de
domingos!... ¡Traidores en mi propia casa!...
ulando un gran aplanamiento. ¡Vencido! ¡Venci-
... *En tono entre humilde y jovial.* ¿Y un durete
a tomar yo por ahí unas judías...? ¡Fuego a la
lera!

DON BELTRÁN. No insista usted. ¿Cómo he de de-
elo?

REVUELTA. ¿Ni unos pasteles que hayan sobrado
opíparo almuerzo de hoy, para llevárselos a aque-
santa?

DON BELTRÁN. La señora se los enviará si gusta.

REVUELTA. Entonces...

DON BELTRÁN. ¡Ni un pitillo, Revuelta; ni un pi-
o!

REVUELTA. *Con suspiros desgarradores.* ¡Ay!
y!... Bien; bien; bien. Dios proveerá. ¡Sea! ¡sea!
delante; adelante! ¡Hasta que me hunda del todo
tremenda carga de infortunios! Ruede la hoja seca
oteada. Quede usted con Dios.

DON BELTRÁN. Voy con usted, Revuelta.

REVUELTA. ¡No lo consiento! Un vencido, un pobre vencido no merece tal pleitesía.

DON BELTRÁN. Es que la última vez que estuvo usted aquí se llevó un gabán que no era suyo.

REVUELTA. ¿Yo?

DON BELTRÁN. ¡Usted!

REVUELTA. ¡Calumnia, que algo queda!

DON BELTRÁN. Algo, sí; pero el gabán se fué para siempre.

REVUELTA. *Con melodramática risa.* ¡Ja, ja, ja El infeliz se había vuelto loco. ¡Ja, ja, ja!

Vase por el recibimiento, vigilado por don Beltrán que no le quita ojo, no obstante la locura.

A poco aparecen por la izquierda del foro Serafin y el General.

GENERAL. Bueno, amiga mía, que cumpla uste muchos tan hermosa. Y digo tanto, porque más n cabe en lo posible.

SERAFINA. ¡Válgame Dios! ¡Cómo me lo ha pues to a usted el *Soberano!*

GENERAL. ¿Qué soberano?

SERAFINA. ¡El coñac!

GENERAL. ¿El coñac? Pero ¿acaso es nuevo qu yo admire rendidamente su belleza? ¡Sobre que el co ñac es para mí agua de limón! A usted le consta.

SERAFINA. ¡Ja, ja, ja!

GENERAL. Adiós, Serafina.

SERAFINA. Adiós, Maximiano. Y no abuse de agua de limón.

-ENERAL. ¡Ja, ja, ja! *Se miran. El General no se de a partir. Y de pronto, con ímpetu, exclama:* ya! ¡Que se lo digo a usted!

ERAFINA. ¿Qué? ¿Que me adora?

-ENERAL. ¡Eso por sabido se calla! Pero se me netido en la cabeza que usted no quiere que la deje sin confiarme antes no sé qué cosa.

ERAFINA. ¿Ah, sí?

-ENERAL. ¡Sí!

ERAFINA. ¿Y a mí que se me figura que es al re- ; que es usted el que no se quiere marchar sin decir- algo que le bulle en el cuerpo?

-ENERAL. ¡Pues ha acertado usted, Serafina! ¡Esa a verdad! ¡Yo tengo que hacerle a usted una decla- ón!

SERAFINA. ¿Otra?

GENERAL. De muy distinta índole. Y quizá porque tas veces le he dicho que el afecto que usted me pira no se contiene en los límites de la amistad, ha ido en mí este deseo.

SERAFINA. No me alarme usted, Maximiano.

GENERAL. Serafina, yo soy un hombre tosco, rudo.

SERAFINA. Conmigo nunca, General.

GENERAL. En el fondo, sí, Serafina. Mi cultura, s aficiones literarias podrán darme en algún mo- nto un barniz de finura social; pero en las oca- nes decisivas ese barniz se resquebraja y se cae, y ma en mí por encima de todo lo que soy netamente: viejo soldado, más curtido en las crudezas de los mpamentos militares que en las blanduras de los sa- es.

SERAFINA. No entiendo, amigo...

GENERAL. *Acercándosele y vibrando de cólera.* Si necesita usted una mano de hierro que abofetee un rostro, aquí está la mía.

SERAFINA. *Confusa y sin poder tomarlo a broma.* Pero ¿qué dice? Pero ¿qué me dice?

GENERAL. Si necesita usted una espada que le atraviese el pecho a un señorito pervertido, esta mano sabe tenerla.

SERAFINA. ¡Ave María!

GENERAL. Si quiere usted que cambie cuatro balas con alguien que la haya ofendido, cuatro son pocas: ¡cuatrocientas estoy pronto a cambiar!

SERAFINA. Pero yo... pero ¿por qué he de querer yo...?

GENERAL. Serafina, yo no sé, en fin de cuentas, si le he debido decir a usted todo esto que le he dicho, pero dicho queda. A sus pies.

SERAFINA. ¡Le ha dado a usted bélica, Maximiano!

GENERAL. A sus pies, Serafina. Venerándola siempre. Y no es el coñac: es el corazón. *Se retira por el recibimiento.*

SERAFINA. *Estallando.* Pero ¿qué es esto, Madre mía? ¿Qué aire de deshonra vuela por Madrid y ya entra en mi casa?

Por donde se marcharon vuelven en este instante Polonia y Coquita, que se despiden.

POLONIA. Te buscábamos para decirte adiós.

SERAFINA. ¿Os vais?

OLONIA. Sí: un ratito de tiendas.

ERAFINA. A seguir el tijereteo, ¿no?

OQUITA. ¿Qué hacer?

OLONIA. Es la sobremesa, que se prolonga.

ERAFINA. Pues id con Dios.

OLONIA. *Compungida.* Felicidades otra vez.

ERAFINA. ¡Con qué cara lo dices, Polonia!

OQUITA. ¡Pobre Serafina!

ERAFINA. ¿Tú también? ¿Por qué he de ser po-
? Cumplir años no es una desgracia. Lo malo es
cumplirlos.

OQUITA. Eso sí.

ERAFINA. Que os divirtáis mucho. ¿Vas mejor de
piernas, verdad?

OLONIA. Sí; no sé porqué, pero cuando voy de
das me alivio.

ERAFINA. Y entonces será tu marido el que se
je.

OLONIA. ¡Seguro!

OQUITA. ¡Ja, ja, ja!

*lcompañadas de Serafina se retiran por el vestí-
o, y aún se las oye hablar alejándose.*

nstantes después vuelve Serafina, seguida de Tato.

SERAFINA. Anda, hombre; pasa dos minutos si-
era. ¿Tanta prisa traes?

TATO. Visita de médico. Pero de médico cuando
dado ya al enfermo de alta.

SERAFINA. Siéntate un instante.

TATO. Gracias, Serafina. No quiero detenerme.
he venido más que a decirle adiós.

SERAFINA. Beatriz no está en casa.

TATO. Ya lo sé; por eso he venido a esta hora.

SERAFINA. ¡Qué pena me da oirte!

TATO. Gemela de la mía. No hablemos de ello.

SERAFINA. ¡Mi cuento soñado se destruyó! ¡Qu pena!

TATO. No me lo repita usted, que no podré oirl sin lágrimas. Y no quiero; no quiero.

SERAFINA. Yo tampoco. ¿Adónde te vas?

TATO. A América. Mi carrera, por fortuna, m permite alejarme de aquí. Aquí... Han pasado cosas.. Cuando un hombre se enamora como yo de Beatri y sufre un desdén constante, agresivo... y ve ade más lo que yo estoy viendo... ¡Vaya, que no quier hablar, Serafina! Quede usted con Dios.

SERAFINA. Pero, ven acá, Tato, criatura... no m alarmes... ¿Qué es lo que estás viendo... además de desdén?...

TATO. Pues estoy viendo que ella quiere a otro.. que otro me la ha quitado... que no la merece... qu es engañoso... que es indigno... que... que... Nada nada más. Usted me perdone. No es despecho; es ca riño desesperado; es pena infinita. Adiós; adiós. Y escribiré a usted más tranquilo.

SERAFINA. Pero, Tato...

TATO. Mi entereza, que era casi una cólera sorda se ha deshecho al entrar aquí. Si soy ridículo, no m importa serlo.

SERAFINA. ¿Ridículo? ¿Por qué? No se es nunc ridículo cuando se sufre, cuando se llora. Y tú está llorando.

TATO. ¿Y usted también?

Inopinadamente aparece Beatriz, que llega de la e.

BEATRIZ. ¡Tato!

TATO. ¿Eh? *Hondamente contrariado al verla.* atriz!

SERAFINA. Viene de despedida.

BEATRIZ. Sí; ya sé. ¿Dejas el Ministerio?

TATO. Sí.

BEATRIZ. ¿A América?

TATO. Sí.

BEATRIZ. ¿A qué punto de América?

TATO. ¿Qué te importa? Lejos. Adiós, Serafina.

SERAFINA. Adiós, hombre.

TATO. Adiós, Beatriz.

BEATRIZ. Adiós.

Vase Tato tragando sus lágrimas.

SERAFINA. ¡Pobre muchacho! Un nudo lleva en la ganta.

BEATRIZ. Sí... llorando va...

SERAFINA. ¡Como a mí me deja!

BEATRIZ. ¿A ti?

SERAFINA. ¡A mí, sí! ¡Y los dos lloramos por lo smo!

BEATRIZ. ¿Por lo mismo, dices?

SERAFINA. Sí, Beatriz, por lo mismo: por ti, por desgracia, por tu locura, ¡por tu crimen!

BEATRIZ. ¿Qué?

SERAFINA. ¡Basta ya! ¡Aquí han acabado las fic-

ciones y los disimulos! ¡De hoy no pasa; de esta hora no pasa que las dos hablemos! ¡No pasa de este instante!

BEATRIZ. *Turbadísima.* ¿De este instante?...

SERAFINA. ¡Sí! Me duelen los oídos de escuchar insidias venenosas; la frente me arde, me estalla el corazón... ¡No duermo, no vivo!

BEATRIZ. *Rindiéndose, al cabo, conmovida ante la actitud de su madre.* ¡Ay! ¡Yo tampoco!

SERAFINA. ¿Tú tampoco, verdad?

BEATRIZ. ¡Porque me duele todo por ti y por mí!

SERAFINA. ¡Estamos iguales! ¿Lloras ya, hablas ya, confiesas ya? ¡Todo el mundo viniendo a esta casa a contarme apuros y cuitas, y yo prestándoles atención, y mi hija escondiéndome sus dolores porque yo no los oiga!

BEATRIZ. ¡Y éste sí que es dolor, mamaíta! ¡El de padecer en silencio, reprimiendo gestos y palabras, comiendo de las propias carnes antes que lanzar siquiera un gemido! ¡Éste sí que es dolor! ¡Dichosos los que vienen a ti con los suyos, porque hablando de ellos se descargan! ¡Hablan por egoístas y por humanos; gritan porque el dolor los desespera, pero hablan y gritan! ¡Lo terrible es beberse el llanto que se oculta; lo terrible es el silencio obligado, es el tormento de arañarse las carnes a solas por no querer hablar! ¡Éste sí que es dolor.

SERAFINA. Y ¿a quién culpas de ello?

BEATRIZ. ¡A nadie más que a mí! ¡Por eso es más grande mi amargura!

SERAFINA. ¡Pero no lo es mayor que la mía! Tu

cio, que encubre una vergüenza, porque si no no
ía existido, es para mí más amargo que todas las
s. ¿Qué has hecho, Beatriz? Lo que has hecho
s hecho contra cuanto has podido aprender al lado
contra mis prevenciones, contra mis súplicas,
a mis lloros. El dolor que padezcas, tú te lo has
ado. Pero a mí, ¿por qué se me castiga? ¿Qué
yo por ti sino prevenirte y protegerte? ¡Mira
que has hecho conmigo!

EATRIZ. ¡Mamá!

ERAFINA. ¡Tener un nombre inmaculado, un or-
de casta, una tradición familiar, una casa ben-
por todos, y que de pronto una mujer liviana
ija mía!— manche el nombre y deshonre la casa!

EATRIZ. *Corriendo a ella.* ¡Mamá!

ERAFINA. *Rechazándola.* ¡No te acerques a mí!

EATRIZ. ¡Es que quiero darte los besos y las ca-
s que te debo!

ERAFINA. ¡Pues ahora no los quiero yo!

EATRIZ. ¿No?

ERAFINA. ¡No! ¡Hasta que hablemos, no!

EATRIZ. Pero ¿podré yo hablarte, mamaíta?

ERAFINA. Es tu deber.

EATRIZ. ¿Y si no pudiera cumplirlo?

ERAFINA. Yo te ayudaré, que es el mío. Ábreme
u alma, mírame; mírame a los ojos. *Beatriz baja
suyos.* ¡Mírame a los ojos, te digo! ¿No te miro
a ti? *Beatriz la mira.* Antes que nadie sé lo que
ucede; ¡antes que nadie! Pero he querido ser la
ma en creerlo. La sospecha vivía conmigo; dormía
migo. Pero yo me aterraba y huía de ella, como

un enfermo que se resiste a saber su mal; que r quiere saberlo. *Hija y madre, los ojos de la una en l de la otra, temen la confesión. Tras un silencio, és le pregunta a aquélla, con voz trémula*: ¿Tienes u hijo? *Beatriz baja la cabeza, sin palabras.* ¿De e hombre? Y te ha abandonado, ¿verdad?

BEATRIZ. *Con angustia desesperada.* ¡Sí!

SERAFINA. *Lo mismo.* ¡Ay, que es verdad, q es verdad!

BEATRIZ. Pero ¿no lo sabías?

SERAFINA. Pero ¿y oirlo de tu boca? ¡Me muer ¡Me muero!

BEATRIZ. ¡No!

SERAFINA. ¡Sí! ¡Y eres tú quien me mata! *Pr curando rehacerse.* ¿Cómo caiste y por quién cais hija mía?

BEATRIZ. ¿Sabré yo explicártelo? ¿Sabré yo cór fué? Inconscientemente, aturdida... ciega... tomanc sin pensar, la vida como una burla, como una dive sión, como una fiesta... Y una fascinación de e hombre sobre mis sentidos y mi alma, que me renc a su gusto, que me robaba fuerzas, voluntad, concie cia de mí misma... No sé qué locura suave me tra tornaba junto a él... ¡Hasta que el grito de otra vi me ha vuelto a la razón!

SERAFINA. Y ¿qué ves al cobrarla? La luz de e razón, ¿qué te dice?

BEATRIZ. ¡Que la vida, lejos de ser un juego, un martirio, y que ese hombre... ese hombre...! *llanto le corta la palabra.*

SERAFINA. ¡Ese hombre ha huído como un ladró

ATRIZ. ¡Lo que nunca pensé, mamaíta!

RAFINA. ¡Lo que yo temí siempre! ¡Pues hay uscarlo!

ATRIZ. ¡No!

RAFINA. ¿Que no?

ATRIZ. ¡Que no!

RAFINA. ¿Y tu nombre?

ATRIZ. ¡No me importa mi nombre!

RAFINA. ¿Qué dices? ¿Y tu casa?

ATRIZ. ¡No me importa mi casa! ¡Ahora no me rta más que mi hijo! ¡Esa vida que se ha labrado is entrañas, entre zozobras y temores, entre si- s angustiosos, y que ha venido a hacerme ver lo ale la mía!

RAFINA. Y ¿no te enseña al mismo tiempo lo sa tuya vale para mí?

ATRIZ. ¡Mamá!

RAFINA. ¡No te acerques!

ATRIZ. Pero ¿todavía no me perdonas, y me es- yendo?

usa.

RAFINA. ¿Cuándo nació tu hijo? ¿Cómo y e?

EATRIZ. En setiembre... en París... en los ales de París... ¿Te acuerdas de aquella buena r que sirvió en casa...?

ERAFINA. ¿Martina?

EATRIZ. Sí; Martina...

ERAFINA. ¿Que se casó con un mecánico francés?

EATRIZ. Justamente. Viven con modestia, pero

tranquilos. ¡Tranquilos! A unos kilómetros de Par tienen una casa de campo... Allí me refugié... allí n ampararon cuidadosamente... y allí nació mi hij Y allí está.

SERAFINA. ¿Allí está? ¡Escondido como una ve güenza lo que pudo ser gloria de esta casa! ¡Q espanto!

BEATRIZ. ¿Espanto dices? Pues si esto es como castigo a mi falta, aún hay más.

SERAFINA. ¿Más todavía? ¿Qué más puede habe

BEATRIZ. Que mi hijo está enfermo... es grave...

SERAFINA. ¿Eh?

BEATRIZ. Acaso se muere...

SERAFINA. ¡No!

BEATRIZ. ¿No, verdad? Todas las mañanas, p el teléfono de Roquita Hidalgo, ahí enfrente, hab con Martina. ¡Y hoy he sabido esto! Ahora, a l cinco, volverá a llamarme. Compadéceme tú.

SERAFINA. Compasión, sí, compasión... Es lo pr mero que mereces. Pero hay en mí un mandato de di nidad que me lo estorba todo... Se me incendia la ca de un rubor que no he sentido nunca; se crispan m manos, que hubieran querido abofetearte. ¡Pero a vez se me llena la boca de besos que te quisiera da *A un movimiento de su hija.* ¡No, Beatriz, no! ¡ ahogarlos lo mismo que si fueran blasfemias! Com préndeme, ya que has recobrado el juicio. ¡Bien cun plo mis años! ¡Bien los cumplo! *Yendo hacia el fo* ¡Que me aconseje Dios! Beatriz, deja a tu mad ahora... y vete a saber de tu hijo.

ATRIZ. ¡Sí!

rafina se aleja por el fondo y Beatriz, impetuosa-e, por la puerta del recibimiento.

ıeda la escena sola. Instantes después reaparece fina, tal vez arrepentida o pesarosa de su severi-y se encamina hacia el vestíbulo, como si quisiera ir el rastro de su hija. La detiene Tula Castellar, llega de la calle muy contenta.

JLA. ¡Serafina!

ERAFINA. ¡Tula! ¿Has visto a Beatriz?

JLA. Sí: por la escalera, desde el ascensor. Iba pada. Ella no me ha visto. ¿Tú recibiste mi car-

ERAFINA. Sí. Muchas gracias, mujer.

ULA. ¡Por Dios! Te deseo mil años de felicida- Tú sabes que soy de las buenas buenas amigas tienes. ¿Leíste la posdata?

ERAFINA. ¡Claro!

ULA. Y ¿qué te ha parecido?

ERAFINA. Nada nuevo.

ULA. ¡A quien se le cuente!... ¡Qué fenómenos s del matrimonio! El mes pasado tirándonos los tos a la cabeza, y ahora haciendo comiditas a dia- como los chicos. ¡Otra luna de miel! ¡No tienes de lo tontísimos que estamos los dos! ¡Si nos ieras visto esta mañana partir un tocinito del cielo, das de azotes! ¡Ja, ja, ja! Con tu permiso le voy amar por teléfono. Ahora está en un consejo de ninistración, y se ríe mucho de estas sorpresas s.

SERAFINA. Ve donde quieras.

TULA. ¿Qué te pasa a ti? ¿Te pasa algo?

SERAFINA. ¡Ay, Tula!

TULA. ¿Qué te pasa?

SERAFINA. Mi hija...

TULA. ¡Ah! No me hables: los novios. Tembland estoy de que la mayor mía cumpla quince años. Do tiene y ya me da disgustos con los mocosos que rondan. ¡Cosas de la vida! Voy a escape, no se ac be el consejo y se vaya ése. *Márchase por la izquier del foro.*

SERAFINA. Sí, sí.

Serafina, entre indignada y atónita, la mira ir e silencio. Luego, postrada, se sienta con melancolí Hasta ella llegan las frívolas palabras de Tula habla do por teléfono con su marido, y su rostro refleja lo mudos comentarios que le sugieren.

TULA. *Dentro, al teléfono. Allô? Allô?*—Dígale a Ingeniero-director que se ponga al aparato un instan te.—Su señora.— Su señora, sí.—Gracias.—Mucha gracias. *Pausa. El Ingeniero-director acude en segu da.* ¿Eres tú, bobito?— Te he conocido antes de lle gar: en la respiración.—¿Estás bueno, eh? Yo, encan tada... Sí.—Sí.—Sí, sí.—Que sí; que sí.—Lo qu quieras.—Como quieras.—Cuando quieras.—Yo mis ma encargaré la mesita. Por este teléfono, sí.—Has ta ahorita, entonces.—Adiós.— Adiós, pichón.—Adiós —Adiós. *Se oye un beso. Un momento después llam a un restaurante.—Allô? Allô?*

le por la puerta de la izquierda don Remigio, que la calle remozado y hecho un figurín.

ON REMIGIO. *Allô?* ¿Quién dice *allô?*

RAFINA. Tula.

ON REMIGIO. ¡Ah! Y tú ¿qué tienes? Cansada, o! Estas comilonas extraordinarias son siempre alizón. Sólo por ellas son terribles los cumpleaños. o si la gente quisiera acabar con uno para que no pliese más.

JLA. ¡Vaya! No contestan.

ON REMIGIO. Y yo no he visto una mujer más le ni más majadera que esa Polonia. ¡Se cree que ha tenido un cólico más que ella! ¡Qué preten-s! Y he pasado yo tres añitos... ¡No me quiero lar! ¿Qué es eso? ¿No me escuchas?

RAFINA. *Levantándose y abrazándolo llorosa.* hermano!

ON REMIGIO. ¿Eh?

RAFINA. ¡Ay, hermano! ¡Lo que me queda que r en la vida!

ON REMIGIO. ¿Pues? ¿A qué viene ahora eso?

RAFINA. ¿No sabes?... Beatriz...

ON REMIGIO. De Beatriz no me hables, Serafina. e dicho mil veces que es loca. Loca, loca. Y yo me urado ya el hígado y no es cosa de que la sobrinita a estropeármelo otra vez. No me hables de Bea-

eaparece Tula.

JLA. Inútil. Cuando el teléfono se niega... Iré yo ersona. ¡Hola, Remigio!

Don Remigio. ¡Tula!

Tula. ¡Qué bien está usted! ¡Es otro hombre!

Serafina. No lo creas: es el mismo.

Don Remigio. ¡Usted sí que es la misma mujer ¡Siempre bella, siempre perfumada!

Tula. Gracias, Remigio. ¿Va usted a salir?

Don Remigio. A tomar el aire un poquito.

Tula. ¿Me acompaña usted a *Tedeum?*

Don Remigio. ¿A *Tedeum?*

Tula. ¡El *restaurant* de moda! Voy a encarga una mesita para la merienda.

Don Remigio. Pues sí la acompaño, con much gusto.

Tula. *Despidiéndose de Serafina.* Adiós, princes Mil y mil y mil felicidades otra vez. ¡Mil y mil!

Serafina. Gracias, Tula.

Tula. ¿Vamos, Remigio?

Don Remigio. Vamos. Hasta luego, hermana.

Serafina. Hasta luego, hermano.

Don Remigio. No conozco yo ese *restaurant*...

Tula. ¡Ah! pues está de moda. Se llena a rebos por las tardes. De público *bien.* Tiene todas las cond ciones: bajo de techo, ahogado, sin sitio apenas pa las mesas... ¡pero cómo sirven! Tardan mucho en se vir, ¡pero cómo sirven! Todas las condiciones.

Don Remigio. Pues no lo conozco. *¡Tedeum! ¡T deum!* El nombrecito... la verdad...

Y se marcha por el recibimiento con Tula, charlan alegremente.

Serafina. *Cuando se queda sola exclama, con pr*

da tristeza: ¡Ni me escucha la amiga, ni quiere oir- el hermano!... ¡A mí, que me pasé la vida es- hando a todos, no me escucha nadie en esta hora!

)on Beltrán, que acechaba desde su despacho el mo- nto oportuno, aparece por el recibimiento y le dice:

)ON BELTRÁN. Sí, Serafina, alguien la escucha a ed.

ERAFINA. *Sorprendida.* ¡Beltrán!

)ON BELTRÁN. Yo la escucho a usted, Serafina. Y mo la escucho!

ERAFINA. ¡Ay, Beltrán, ahora me toca a mí de- o! ¡Para mal, el mío!

)ON BELTRÁN Pero ¡con cuánta verdad lo dice us- !

ERAFINA. ¡Para mal, el mío!

)ON BELTRÁN. Pues yo conozco bien ese mal, ami- y quiero compartirlo generosamente. Dar oídos a en de veras sufre es partir el dolor. En la vida he- s de buscar un alma compañera con quien comuni- nos, o la vida se convierte en odioso monólogo. ro sólo escucha quien es capaz de teñir su alma matiz que tiene el alma ajena. Sólo escucha, en or, quien quiere.

SERAFINA. Y ¿qué sabemos, en verdad, de quién s quiere, amigo mío?

DON BELTRÁN. Sí lo sabemos, sí. Tenemos me- os de presumirlo... de adivinarlo... ¿Es que aca- no nos lo revela una invencible turbación junto a persona querida, unas palabras temblorosas, un acertar a dirigir nuestros ojos...?

Serafina. *Sonriéndole bondadosamente.* Per
amigo, ¿qué dice usted? ¿Qué va usted a decirme?.

Don Beltrán. No, sino lo que ya le han dicl
tantas veces mi timidez y mis silencios...

Serafina. ¡Calle, calle, por Dios bendito! Co
tinúe silencioso...

Don Beltrán. ¡No puedo ya!... El dolor pr
sente de usted me da ánimos...

Serafina. ¡Calle, calle...!

Don Beltrán. Pero ¿he callado poco, Serafina
Y ¿no ha pensado usted nunca en cuánto he callado
¿No tengo ahora el deber de decirle...?

Serafina. No, no, Beltrán... no tiene usted d
ber ninguno. ¡Jesús, qué cosas! Hoy he de oír
todo, por lo visto... *Extremando la afabilidad, s
querer herirlo ni disgustarlo.* No se ponga usted tri
te... Ni me mire con esos ojos, que no quiero reír.
¿Quién llega?

Don Beltrán. Nadie.

Serafina. Sí, sí; alguien llega. ¿Es mi hija? *V
hacia el vestíbulo.*

Don Beltrán. *Entre sí.* (¡Esta Serafina ador
ble me va a dar unas calabazas melancólicas com
para mí solo! ¡Y es que quizá sea éste el único d
que no he debido hablarle!)

Beatriz. *Gritando, en el recibimiento, con aleg
ternura.* ¡Mamita! ¡Mamita!

Serafina. Aquí estoy.

Beatriz. ¡Vengo muy contenta! ¡Muy content
¡Ahora, que quieras que no, te como a besos! ¡Gu
pa, reguapa! ¡Buena, rebuena!

Serafina. Quita, loca, quita...

Beatriz. ¡Bésame tú también, por tus ojos! ¡Vas alegrarte mucho conmigo! ¡Te voy a compensar mal rato de antes! ¡Mi hijo está bueno ya! ¡Mi o está a salvo!

Serafina. ¿Hablaste con Martina?

Beatriz. No.

Serafina. ¿Con quién, entonces?

Beatriz. ¡Ay! ¡ay!

Serafina. ¿Con quién?

Beatriz. ¡Con Josecho!

Serafina. ¿Con Josecho, dices?

Beatriz. ¡Sí, con Josecho: con ese demonio, a ien yo quiero como si fuera un santo!

Serafina. ¡Jesús! ¡Jesús!

Beatriz. ¡El mujeriego, el libertino, el traicio-ro, el engañador, está ahora clavado a la cabecera la cama de nuestro hijo! ¡El hijo va a juntarnos í! ¡Y desde allí me grita, y me llama, y me espera: esta misma noche, mamaíta, preciosa, guapa, encan-mío, esta misma noche salgo para París!

Serafina. ¿Eh?

Beatriz. ¡Salgo para París! ¡Esta noche, esta isma noche! Don Beltrán, abra usted la bolsa: ¡el timo sablazo! ¡Esta noche! ¡Esta noche! ¡Voy a icer la maleta! *Éntrase por la puerta de la izquier-ı, saltando y gritando.*

Serafina. ¿Ha visto usted, Beltrán? ¡El hijo! Todo lo ha hecho el hijo! ¡Y sólo en él piensa! ¡Qué iste lógica tiene la vida! Yo, ya, apenas le im-orto...

Don Beltrán. En cambio...

Serafina. Amigo y confidente de tantos años
no tiemble usted más en presencia mía. Conservemo
nuestra pura amistad, enfrenando los dos esta indu
dable simpatía que nos acerca...

Don Beltrán. *Con un rayo de sol en la car*
¿Eh?

Serafina. Silencio. No quiero ligarme a un nu
vo afecto ya tardío, por noble que se nos antoje, qu
pueda desviar a mi corazón del que hoy es su únic
camino. Casaré a mi hija cristianamente, y seguiré lu
go en mi papel de paño de lágrimas. Pero no esp
raré a que el dolor o la miseria llamen a mi puert
sino que iré a buscarlos. Visitaré tugurios, prisione
hospitales... Y a todo el que me diga: "¡Para ma
el mío!", yo le diré, contenta: "¡Cuéntamelo a m
que quizá yo pueda consolarte."

Y al mismo tiempo que don Beltrán parece que
apaga, ella resplandece con nueva luz.

Fin de la comedia.

Madrid, diciembre, 1934.

)BRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

;sgrima y amor.—Belén, 12. principal.—Gilito.—La me- naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

.a reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras. 'edro López.

EN DOS ACTOS

.a vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El or que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La ondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Pue- de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre ésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el Loco. 'asionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

.os Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala. La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre. — s de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel. Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte... Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La Ca- mniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La isa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo. — istalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.—Cancio- ra.—La boda de Quinita Flores.—Las de Abel.—Barro pe- dor.—125 kilómetros.—La cuestión es pasar el rato.— mbor y Cascabel.—Los mosquitos.—Novelera.—Rondalla. -Los duendes de Sevilla.—Cien comedias y un drama.—Ma- quilla Terremoto.—Doña Hormiga.—Madreselva.—El pe- ;ro rosa.—Solera.—El Rinconcito.—Lo que hablan las mu- res.—La pícara vida.—El susto.—Juanito Arroyo se casa. -Cinco Lobitos.—La risa.—Para mal, el mío.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte.—Las muertes de Lopillo.—El niño me retira.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flecha zo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol. — La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras —Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A l luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solic en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablanc se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El ce rrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—L Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El cora zón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—L flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito d hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—El pie.—El último papel.—Cambio de suerte.—La esposa y la chismosa.— Noviazgo, boda y divorcio.—Visita de prueba.—Un pregó sevillano.—La manga ancha.—Las cartas boca arriba.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!—El amor en solfa.—La patria chica —La muela del rey Farfán.—El Amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente —Las rayas de la mano.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.—Pi tos y palmas.—Colores y barro.

MONÓLOGOS

alomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita. 'olvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y lido.—Revoloteo.—El reparto de mujeres.—Las encuestas. :equiebros.

VARIAS

:l amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los eotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y rtadillo.—Castañuela, arbitrista.—Dos pesetas. — Pepita y n Juan.—Los grandes hombres o El Monumento a Cerntes.—El nombre de un teatro.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando , Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, adrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un ólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduc tion, notes and vocabulary by S. Griswold Morley Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University o California. — Heath's Modern Language Series. — Boston New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabu lary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Nor man L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Ba con. — Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Fran cisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, no tes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D Professor of Romance Languages. University of Colo rado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las Mujeres, *Edited with introduction, no tes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adam teacher of Spanish, in the Brookline High School, Massa chusetts. New York and London, The Century C.°*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exerci ses, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Profe ssor of Spanish and John Brooks, Associate professo of Spanish. University of Arizona, with a critical intro duction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Compa ny, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dal las, San Francisco.*

Doña Clarines, *Colección de Autores Españoles, dirigid por Leónida Biancolini, con rasgos biográficos de los auto res, notas y comentario, por Emilia Smergani.—Angelo Sig norelli, editor. Roma.*

Sin palabras, *publicada en un volumen de cinco comedia en un acto, con notas, ejercicios, vocabulario e introducció por Agnes M. Brady y Margarita S. Husson. The Century C New-York & London.*

Sábado sin sol, *publicada en un volumen titulado "Teatr Fácil", con notas, ejercicios y vocabulario, por Samuel A Wofsy. Harper and Brothers Publishers. New York an London. 1934.*

monos, Castañuela, arbitrista, La quema y Marianela, *d with Introduction, Notes, Exercises and Vocabulary gnes M. Brady, M. A., professor of spanish. Saint Mary-e-Woods College, Saint-Mary-of-the-Woods, Indiana. York. The Macmillan Company, 1935.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—ore che passa.—La zanze (*La zagala*), por GIUSEP-PAOLO PACCHIEROTTI.

nima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y VER y LUIGI MOTTA.

e fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ Y VER.

fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO MEDICI.

a casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*or a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

centenario, por FRANCO LIBERATI.

onna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

agnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por EN-TEDESCHI.

Iattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vi--Malvaloca. — Jettatura (*La mala sombra*).—Anima ata (*Herida de muerte*).—Chi mi recorda lei? (*¿A én me recuerda usted?*)—Cosi si scrive la storia, por BERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

nima gitana (*Cabrita que tira al monte...*), por CAR-BOSELLI.

l mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), ITALO ZINGARELLI.

Tamburo e Sonaglio (*Tambor y Cascabel*), por ANGELO RSA.

e memorie de Don Rodrigo (*Los Leales*).—Il piedino *pie*).—Senza parole (*Sin palabras*).—La bella Lucerito. Fiammellina (*Sangre gorda*).—Quando l'amore brucia

(*La quema*).—Acqua miracolosa (*El agua milagrosa*).—G
occhi a lutto (*Los ojos de luto*).—Il fiore nel libro (*I*
flor en el libro).—Il pittore di ventagli (*Noviazgo, boda*
divorcio), por GILBERTO BECCARI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHET
Cussi se scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y STE
CATASSO.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CA
LO MONTICELLI.

AL GENOVÉS:

L'aêgua miracolosa.—Donne-Villezzi e Ciâeti (*Puebla*
las Mujeres), por ATTILIO ORTOLANI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blum
(*Las flores*). — Die Lieve geht vorüber (*El amor q*
pasa). — Lebensdus (*El genio alegre*), por el Dr. M
BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTA
ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY
HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECK
y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORG
LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*). — Bourg-
Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE CO
DREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMA
DURCOS-CENOZ y ROGER MARTIN DU GARD.

rion Tremblement de terre (*Mariquilla Terremoto*), por
DECKERT.

AL HOLANDÉS:

bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-
EKE.

AL PORTUGUÉS:

genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—
aloca.—O mundo é tã pequenho... (*El mundo es un*
elo), por JOAO SOLER.
rianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de
ssão (*Secretico de confesión*), por ALICE PESTANA
l).
Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—Cris-
, por ALBERTO DE MORAES.
mbor e Cascabel.—Los Mosquitos, por VICTORIANO
A.
na Yayá é bahiana (*La consulesa*), por ODUVALDO
NA.

AL INGLÉS:

morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LU-
IA XAVIER FLOYD.
alvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.
their words ye shall know them (*Hablando se en-*
e la gente), por JOHN GARRETT UNDERHILL.
ie fountain of youth (*La flor de la vida*), por SA-
N. BAKER.
eading and writing (*Lectura y escritura*).—Malvaloca.—
in a mist (*Amor a oscuras*).—Just as you please (*Lo*
tú quieras), por BEATRICE ERSKINE.
ur plays (un volumen): The women have their way
bla de las mujeres).—A hundred years old (*El cente-*
).—Fortunato.—The Lady from Alfaqueque (*La Con-*
sa) —Four comedies (otro volumen): *Love passes by* (El
r que pasa...).—*Don Abel wrote a tragedy* (La musa

loca).—*Peace and quiet* (La escondida senda).—*Doña C*
rines, por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.

Grief (*La pena*).—Widow's eyes (*Los ojos de luto*), p
ANA LEE UTT.

In the moonlight (*A la luz de la luna*), por WILLIS KNA
JONES (Inserta en el volumen "Spanish one act plays"). Tar
Publishing C.º—Dallas, Texas. 1934.

AL IRLANDÉS:

Céad bliain d' aois (*El centenario*), por TOMÁS
HÉIGHNEACHÁIN. Un volumen editado por Le Ceanna
Tré aon Díoltóir Leabhar, nó direach ó Oifig Díolta Fo
seacháin Rialtais; 5, Sráid Thobair Phádraig, Ba
Átha Cliath (Dublin). 1933.

AL DANÉS:

Kærligheden Drager Torbi (*El amor que pasa*),
JOANNE ALLEN.

AL MARATHI (INDIA):

Parichayantim Parikoha (*Hablando se entiende la gen*
por SHRIRAM GOVIND BEDEKER.

AL CATALAN:

Fortunato, por ROBERTO SAMSÓ.
L'aigua miraculosa, por ANTONIO GIMBERNAT.
Marianela, por ANTONIO CARNER.

EATRO COMPLETO
E LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

o I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

o II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

o III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

o IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

o V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

o VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

o VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro. — Los meritorios. — La zahorí. — La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

MO VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

MO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Za-
ragatas.—El mal de amores.—El amor en
solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo
—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo. XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me re
cuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojo
de luto.

Tomo XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Mo
rritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.-
La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cua
tro palabras.—Sangre gorda.—Carta
Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Pa
lomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—L
rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quie
ras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.-
El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo... — Fortunato. — Ne
Teruel.

Tomo XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.-
El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que ha
reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas d
Juanillo el de Molares.—Hablando se e
tiende la gente.—Chiquita y bonita.—Po

vorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

o XX. —COMEDIAS Y DRAMAS
El Duque de Él.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

o XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS
Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

o XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS
Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—El amor bandolero.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Becqueriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

o XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS
Don Juan, buena persona.—Pedro López.—La Calumniada.

o XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS
Febrerillo el Loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

o XXV. —PIEZAS BREVES
La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas.—Vámonos.—Revoloteo.

o XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS
Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

o XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS
Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

o XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS
Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS
Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS
Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último pa-pel.

Tomo XXXI. —COMEDIAS Y DRAMAS
Las de Abel.—Los grandes hombres
El Monumento a Cervantes.—Barro pe-cador.

Tomo XXXII. —COMEDIAS Y DRAMAS
125 kilómetros.—La cuestión es pasar e
rato.—Tambor y Cascabel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo por ve-nir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Ál-varez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguien-do el mismo método.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII
XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI
XXII. XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII
XXIX, XXX, XXXI, XXXII.

EN PRENSA:

Tomo XXXIII.

PRECIO DE CADA TOMO:

Desde el I al XXXI inclusive, 5 pesetas. Desde el XXXI en adelante, así como las nuevas ediciones de los anteriores 6 pesetas.



SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA

Librería: San Lorenzo, 11

PRECIO: 4 PESETAS